

ESTEBAN NAVARRO NATASHA

**AUTOR
SUPERVENTAS**



NATASHA

Esteban Navarro

esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Febrero 2020

Portada: Imagen de Shutterstock

ISBN: 9798605844662

ASIN: B0849Z4JRS

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

A Ester. A Raúl.

Es tan corto el amor y es tan largo el olvido...

Pablo Neruda

Sumario

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Nota del autor](#)

[Otras novelas de Esteban Navarro](#)

Capítulo 1

Recuerdo como esos últimos días, antes de que supiera la verdad, habían sido horribles. El profesor de la academia de inglés donde me matriculé recientemente, me dijo el último viernes por la tarde que nos vimos que yo hacía mala cara. Primero me lo dijo en inglés, como cabía esperar de un profesor de inglés.

—*Sabino, you make a face* —sonrió.

Yo le respondí forzando un semblante malcarado, peor del que tenía antes de su desafortunado comentario.

—Ha sido una semana muy larga, profesor.

—*In English, Sabino.*

—*It has been a very long week, teacher.*

Y salí de clase antes de que me soltara el rollo acerca de lo desastroso de mi pronunciación.

Lo de llamarme Sabino fue una ocurrencia de mi madre, que es quién finalmente decidió mi nombre. Cuando cumplí los diez años mis padres, los dos, me comunicaron que la elección de mi nombre fue una decisión difícil y complicada. Jamás que yo recuerde mentaron la otra opción. Pero teniendo en cuenta que se decantaron por la menos gravosa, intuyo que la segunda opción debió de ser un nombre poco común.

Después de salir de la academia de inglés, de camino a casa, me crucé con un taxista sin taxi. El tío estaba de pie en medio de la calle sujetando con furia un cigarrillo en la mano entretanto gritaba a otro hombre haciendo aspavientos con ambas manos, mientras el humo del cigarrillo se esparcía por un cielo que en ese instante era de color gris plata. Enseguida advertí que los dos eran taxistas y discutían por un cliente que estaba a pocos metros de allí sosteniendo su teléfono móvil en la mano. Cuando me marché me crucé con un vehículo Uber y me fijé que había unas nubes plomizas que se esforzaban por tapar un sol tímido que pujaba por salir detrás de unas montañas de las que nunca reparé que estuvieran allí.

—¿Habéis visto las montañas que tenemos detrás de nuestro bloque? —le pregunté a mi madre nada más acceder al salón del piso.

—Sabino —me nombró—, mira que llegas a decir tonterías.

Luego se ocultó dentro de la cocina a llorar. La cocina, desde que ocurrió aquel... Bueno, desde aquel accidente, era el refugio preferido de mi madre cuando no quería llorar delante de mí. Yo me sentía culpable porque pensaba que aportaba poco, o muy poco, a que todo ese lamentable suceso cayera en el olvido.

—Hay que ver lo que nos cuesta olvidar a los que no queremos olvidar —lamenté en voz baja sin que ella pudiera escucharme.

La aparente tranquilidad del salón se truncó cuando mi padre traspasó la puerta de acceso al piso. Escuché como arrastraba esas enormes botas de camionero agotado. Oí su sudor. El sudor de un hombre que trabaja doce horas al día en un país donde está prohibido trabajar más de ocho horas seguidas.

—¿Ya estás aquí? —Me preguntó desde el marco de la puerta, aunque sonó a afirmación.

Se quedó quieto, sin atreverse a entrar al salón, apoyando su gruesa mano en la manilla y mirándome directamente a los ojos.

—¿Tu madre está llorando, verdad? —Preguntó afirmando y emitiendo un inapreciable sollozo.

—Sí. —Basculé la cabeza levemente.

Y me sumergí en mi habitación. A llorar, también.

Capítulo 2

Los tres, mi padre, mi madre y yo, vivíamos en un acomodado piso de la zona centro de Madrid. Cuando digo la zona centro me refiero a un barrio, ya que la ciudad ha crecido tanto que el centro ya no existe, porque nadie sabe dónde está el centro exactamente. A las zonas pobres ahora se les llama ‘barrios obreros’, constatando que los obreros son pobres. De hecho ya nadie sabe dónde está nada, porque nuestro mundo no es este, el que antaño se llamaba ‘el mundo real’, sino que el mundo verdadero ahora está en Internet. Yo, que ahora tengo veinticinco años, coexisto entre los que viven en las redes sociales, que, para que me entiendan, son las redes menos sociales que hay. En la época de mis padres, cuando ellos tenían mi edad, se decía que ser social era socializarse. Relacionarse no solo con los que eran como tú, sino con los que se parecían a ti, con los que compartían edad, trabajo, estudios e inquietudes. Me contó mi padre que se reunían en cualquier sitio: un bar, una cantina, en casa de algún amigo, en un local vacío, en una nave abandonada o debajo de un puente. Entonces, en esos años de pujante felicidad, los jóvenes no tenían teléfono móvil ni internet ni ordenador ni nada de nada. No tenían nada, pero eran más felices. A mí nunca me gustaron las redes sociales, mentiría si dijera otra cosa. Siempre consideré que lo de Facebook era como un patio de alcahuetas que se asoman a cotillear lo que hacen los demás. ¿Cómo va a ser real un lugar donde no puedes decir que algo no te gusta? Objeté cuando... Bueno, cuando ella me lo dijo.

—En Facebook solo puedes anotar si algo te gusta —me explicó.

—¿Y si no te gusta? —le pregunté.

—Si no te gusta te jodes —fue su respuesta.

Natalia tenía un acento indeterminado que lo mismo podía ser francés, inglés o ruso, pero su lenguaje encajaba más como el del conductor de una hormigonera. Y eso me ponía, y mucho. De ella solo conservo su ordenador portátil. Es un flamante i7 de cuatro núcleos y mucha memoria RAM, que compró a plazos dando mi nombre en una tienda de Alcobendas. Cuando nos conocimos me dijo que necesitaba un ordenador para manejar sus redes sociales. Ese portátil era su equipaje, su casa, su familia y sus recuerdos. Era como si toda su vida cupiese ahí dentro de ese pequeño trasto, como lo denominaba mi madre, y, cuando desapareciera ese ordenador entonces también desaparecería ella de cualquier resquicio de nuestra memoria. Cuando el portátil no existiera, sería como si ella no hubiera existido nunca.

—¿Te preparo algo para cenar? —Escuché a mi madre al otro lado de la puerta.

—No, mamá —rechacé—. Ahora estoy algo cansado, ha sido un día duro. En la oficina no han salido las cosas bien, y, después, en la academia de inglés no estuve atento y olvidé algunas palabras como si fuese un pardillo en su primer día de clase. Lo siento, mamá —insistí—, pero hoy no cenaré.

Me di cuenta de que había estado hablando solo, pues mi madre me preguntó si iba a cenar justo cuando pasó por delante de la puerta de mi habitación, camino hacia el baño. Al igual que hizo otras veces ni siquiera se detuvo a oír mi respuesta. No se detuvo porque ella y yo y mi padre sabíamos que me lo volvería a preguntar otra vez. Era como esa película, El cartero siempre llama dos veces, pero en versión madre chapada a la antigua que te pregunta si quieres comer o cenar varias veces hasta que al final, por no discutir, le dices que sí.

—Sí, mamá, cenaré algo rápido y frío.

—Pues date prisa antes de que se enfríe —se perdió su voz por los recovecos del pasillo hasta que llegó el sonido diluido a mi habitación.

Entonces su voz era como un lamento astillado que se extraviaba en un túnel profundo e

inexplorado.

—Cómo coño se va a enfriar una comida fría —murmuré.

Entre lágrima y sollozo y lágrima y lamento y lágrima y lagrima, encendí el ordenador portátil de Natalia. Oh, Dios. Me estremecí al escuchar como los periféricos se ajustaban para arrancar el procesador. Sentí como la placa base se calentaba y comprobaba que el reproductor de discos funcionaba, al mismo tiempo que chequeaba el arranque, las luces encendiéndose y apagándose como si fueran una constelación de estrellas remotas que chillaran en la lejanía para decirme que allí, en el infinito, había vida. El portátil de Natalia era un compendio de las fuerzas del universo, de los orígenes del ser humano, del nacimiento de los dioses. Y, como cabía esperar, volví a llorar. Se trataba de llorar sobre lo llorado. Y, aprovechando mi hundimiento en los recuerdos de Natalia, mi dulce Natalia, me acordé del accidente.

Capítulo 3

El piso donde vivíamos lo habían comprado mis padres a finales de los años setenta. Yo no había nacido. Natalia tampoco. A veces creo que en esos años no había nacido nadie y solo existían mis padres sobre la faz de la tierra. Mi padre comentó en alguna ocasión que la adquisición de una vivienda entonces no era costosa y que el importe de un piso se ajustaba a lo que era el piso. Lo que sí era exagerado, según sus propias palabras, eran los intereses de la hipoteca. Dice que decir en esa época que los bancos eran unos ladrones, era quedarse corto. Utilizaban el denominado sistema francés que consistía en que lo primero que devolvías eran los intereses, así el banco se aseguraba su ganancia. De ahí debe venir la frase esa de que la banca nunca pierde. Después, cuando el banco ya había cobrado los intereses del dinero que te había prestado, entonces comenzaba a desquitar de la deuda. Mis padres no me dijeron cuánto les costó el piso ni en cuánto tiempo lo pagaron ni a cuánto ascendieron los intereses bancarios, pero sí recuerdo que cuando cumplí los diez años, un día mi padre llegó con una botella de cava catalán en la mano y dijo:

—Sanseacabó.

Mi madre se puso en pie y le dejó dos sonoros besos en los mofletes. Ese día mi madre lloró, pero de felicidad. Fue la última vez que los vi felices. Fue la última vez que los vi llorar de felicidad. Al finalizar la botella de cava, mi padre contó que cuando ellos eran jóvenes y se querían y se habían casado, un padre de familia que trabajara él solo podía mantener a mujer, hijos, piso y vacaciones de un mes entero en la playa, cuando las vacaciones eran de un mes. Ahora una familia en la que trabajan todos sus miembros apenas pueden costear la hipoteca del piso donde viven hacinados. Y las vacaciones son de tres días, y cerca de casa.

Creo, no estoy seguro, que el piso en total tendrá unos ochenta metros cuadrados. Un salón comedor, una cocina, dos cuartos de baño completos, una galería, un balcón bastante decente de unos doce metros cuadrados y tres habitaciones: una de matrimonio y dos pequeñas, pero grandes. Cuando llevé a Natalia a mi casa para presentarle a mis padres, ella fue lo primero que destacó: el tamaño del piso.

—Qué grande —dijo sin dejar de sonreír—. Es como un palacio —añadió.

Y ciertamente es un piso grande. Mis padres se habían arreglado ese día porque les dije que traería a una amiga. Lo de amiga era un eufemismo que reemplazaba al trasnochado novio o novia. Cuando mis padres comenzaron a salir, enseguida se empezaron a llamar novios, cuando un novio es el que ya tiene fecha para casarse. Pero como ahora no nos casamos, o nos casamos menos, entonces somos amigos. Aun así, a mí personalmente me gusta más los que a su pareja le llaman mi chico o mi chica.

—Papá. Mamá —les dije—. Esta es Natalia. Una amiga —sonreí con picardía, como si me hubieran pillado en una travesura.

Ella también sonrió y sus dientes iluminaron todo el salón de nuestro piso.

—Encantado de conocerles —les dijo colocando dos besos en cada uno de los mofletes de mi madre y de mi padre.

—¿Queréis comer algo? —preguntó mi madre sin faltar a la rutina de alimentar a todo el mundo.

Y se colocó el delantal de flores y se zambulló en la cocina mientras mi padre relató historias de la mili, como si su mili hubiera transcurrido durante la guerra civil. Natalia se limitaba a cabecear y asentir a todo lo que decía mi padre. Si mi padre decía: esto es así. Ella repetía: así es. Si mi padre decía: de ninguna de las maneras. Ella decía: no señor. De vez en cuando giraba su cabeza y me miraba sonriendo mientras emitía un leve chasquido con la lengua. En cierta manera era como si solicitara mi conformidad sobre si el comportamiento ante mis padres era el correcto.

—¿De dónde has dicho que eres? —preguntó mi padre en un momento determinado de su monólogo.

—No lo he dicho —se contrarió—. Pero soy de aquí y de allí, de todas partes.

Yo la observé embobado. Hay que ver lo guapa que era la tía.

—Pero serás más de un sitio que de otro —insistió mi padre.

—Soy adoptada —dijo finalmente para que mi padre no volviera a insistir—. Pero mis padres adoptivos son de Lanzarote.

Supongo que eso justificó su acento y su aspecto físico tan eslavo, porque mi padre no volvió a preguntar.

Mi madre engalanó la mesa del centro del salón. La decoró con el mejor mantel que tenía, el de la abuela. Ese mantel se lo había regalado la madre de mi madre cuando ella se casó. La abuela lo confeccionó ella misma en los pocos ratos libres que le quedaban de trabajar en la fábrica y de limpiar en varias casas y de planchar ropa en un chalé de las afueras y de limpiar en la cocina de un restaurante de Torrelodones, donde iba a echar unas horas los domingos.

—Me gustaría conocer a tus padres —dijo mi madre, siempre tan hospitalaria. Y tan cotilla.

—Me temo que eso no será posible. —Natalia rechazó dar más explicaciones, pero todos supimos que habían muerto. O eso nos dio a entender.

Ni a mi padre ni a mi madre les gustaba que me hubiera puesto novio con una chica de la que apenas conocía nada. Ellos estaban chapados a la antigua y aceptaban los noviazgos tradicionales donde se sabe quiénes son los padres, donde estudió, donde trabaja y a qué dedica el tiempo libre, como diría la canción. Pero yo, que me deslomaba trabajando en la empresa de paquetería y apenas tenía amigos para salir un fin de semana a tomar una copa, Natalia era lo mejor que me había pasado en la vida. Y no iba a desaprovechar esa oportunidad caída del cielo.

Capítulo 4

Allí, sentados alrededor de una mesa decorada por la abuela que había muerto hacía un millón de años y con mis padres sonrientes y con Natalia que entonces aún estaba viva, allí, tengo que reconocerlo, fue el momento más feliz de mi vida. Y tuvo que ser muy feliz porque ni siquiera recuerdo qué fue lo que comimos. Solo sé que mi padre arrancó por bulerías y nos agasajó con un canto de cuando era joven y mi madre aplaudió como si el que estuviera allí cantando fuese el mismísimo Julio Iglesias.

—Lo siento —me disculpé ante Natalia cuando nos fuimos—. Mis padres no suelen ser tan eufóricos, pero les habrá emocionado ver que su hijo ha traído a casa a una chica tan..., tan, tan, tan guapa.

Y nos besamos en el rellano.

Ya nos habíamos besado antes, por supuesto. Pero fueron besos solemnes de recibimiento o despedida. Pero el beso de aquel día que se la presenté a mis padres, fue un beso tan apasionado que recuerdo que en ese instante el mundo se detuvo. Es posible que hubiéramos estado allí, frente a la puerta del piso, una eternidad. Me sumergí en los labios de Natalia como si ella fuese un manjar y yo un hambriento. Como si Natalia conformara el centro de la existencia misma y necesitara respirar de su aire, beber de su manantial de agua.

El momento cumbre lo cortó un vecino de aspecto desgajado que surgió del interior de la cabina del ascensor como si viniera de trabajar en la mina. Nos miró. Soltó un buenas tardes, muchachos. Miró a Natalia, resbalando su mirada de arriba hacia abajo y deteniéndose una décima de segundo en sus piernas desnudas. Luego me miró a mí. Me guiñó un ojo. Y dijo:

—Preciosa tu novia.

Y desapareció por la puerta de su piso.

En el garaje tenemos un pequeño trastero de apenas cuatro metros cuadrados. Es un trastero sin trastos, por muy extraño que suene. Pero mi madre es tan ordenada que no había desorden ni en el trastero. Bajamos con un calentón impresionante y con la certeza de que haríamos el amor aunque fuese encima de una estantería. Nos quitamos las chaquetas y las colocamos en el suelo para amortiguar las acometidas de nuestra pasión. Nos amamos como si el mundo se fuese a acabar al alba. Como si no hubiera un mañana. Ni siquiera nos detuvo una radio antigua que había en una de las estanterías que a mi madre le daba pena arrojarla al contenedor porque perteneció a la abuela, cuando se precipitó en un arrechucho que le dimos al estante y se hizo añicos en el suelo.

Estuvimos palpitando hasta que el ruido del motor de un coche nos dijo que algún vecino iba a salir del garaje. Entonces miré el reloj en la penumbra y comprobé que eran las cinco de la madrugada.

—Aún es pronto —anotó Natalia abrazándome con fuerza.

—Es un repartidor de donuts —le dije—. Cada día sale a esta hora para que los bares tengan donuts frescos. Por algo le llaman el fresco del barrio —expliqué.

Natalia contuvo un ataque de risa.

—Ven aquí —me dijo—. Mira la rosquilla que tengo para ti.

En ese instante hicimos tanto ruido que temí que al salir del trastero hubiera varios vecinos sentados en sillas plegables frente a la puerta, mientras comían palomitas de maíz y sorbían refrescos en vasos de plástico.

—Te quiero —me susurró varias veces—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y explotó en un orgasmo cósmico que atolondró el interior del trastero, y, por extensión, todo el garaje.

A las ocho de la mañana la acompañé a su casa. Recuerdo que no podía ni siquiera andar bien del dolor de..., pues eso, que no podía caminar erguido. En mi cara se había dibujado una sonrisa estúpida que tienen todos los que hemos tenido la suerte de ligar con una belleza como Natalia. Me sentía como si estuviera saliendo con una modelo de pasarela.

Al llegar a su calle, ella, como ya había hecho otras veces, me detuvo apoyando la palma de su mano en mi pecho. Se encogió sobre sus tacones para llegar a mi boca, porque era un poco más alta que yo, y me propinó un esplendoroso beso en los labios.

—Mañana nos vemos —me dijo.

Desde que nos conocimos nunca me había dejado traspasar ese último tramo que había desde la esquina donde me daba un beso hasta la puerta de su casa. Yo nunca le dije nada, ni insistí. Alguna poderosa razón tendría para no querer mostrarme el lugar donde vivía, pero nuestro trayecto siempre acababa allí, en el mismo lugar. Ella se introducía en la oscuridad mientras el brillo de sus piernas se iba difuminando hasta que desaparecía.

De regreso a casa de mis padres, pensé en por qué no querría que viera su piso. Quizá, me dije, vivía en una pocilga y no quería avergonzarse de que su recién estrenado novio la viera. Otra opción podía ser que su padre fuese un ogro. Había muchos hijos que ocultaban a sus padres porque se abochornaban cuando los demás los conocían. Pensé que serían unos borrachos o unos dejados o unos sucios o unos malcarados. Igual su familia era tan antipática que ella creía que todavía no estaba preparado para conocerlos. En cualquier caso alguna poderosa razón habría para que no me dejara avanzar más allá de aquella última esquina donde nos despedíamos cada noche o cada madrugada. Luego, ella no quería que yo me quedara allí plantado, como un soldado de entreguerras despidiéndose de su amada en el andén de una entristecida estación de ferrocarril.

—Vete —me ordenaba antes de soltarme la mano por última vez—. Vete que mañana será otro día.

Y yo tenía que alejarme antes de que ella comenzara a caminar por esa calle oscura, asemejando un túnel que se incrustara en una montaña angosta y resquebrajada.

—Adiós, mi amor. Mañana te veo de nuevo.

Y me quedaba como un pasmarote lanzando besos al aire. Lo último que se escuchaba era la musicalidad de su taconeo distanciándose. Y no me iba de allí hasta que ya no se percibía ni siquiera el sonido del silencio.

Capítulo 5

Dicen que las penas nunca vienen solas, al igual que las alegrías. Yo no sabía nada de Natalia, ni siquiera donde vivía. Pero mi hidalguía me empujaba a costear todas nuestras salidas. Ya cenáramos o nos fuésemos de copas, yo siempre era el que lo pagaba todo. Hasta le compraba la cajetilla diaria de tabaco de su marca predilecta. Pero ella, en un intento de estabilizar nuestra relación, me dijo que iba a buscar trabajo porque se sentía a disgusto siendo una mantenida, como lo llegó a calificar un día que hablamos sobre ese asunto.

—No te preocupes —traté de apaciguarla—. Lo importante es que estemos juntos y que tú seas feliz.

En ese instante me sentí como un estúpido, porque lo importante para mí es que ella siguiera a mi lado. Para entonces yo estaba colado por ella hasta el tuétano.

Natalia encontró trabajo en una cafetería de la plaza Colón. Era una cafetería enorme, de esas que tienen una barra rectangular donde un camarero necesita dar varias zancadas para ir de un lado hacia otro. El trabajo le llegó un día que caminábamos cogidos de la mano y pasamos por delante de la cristalera de la cafetería. En una de las puertas había enganchado un papel que informaba que se necesitaba camarero o camarera. Razón, añadía, dentro del local.

Natalia me miró. Sonrió. Arrojó el cigarrillo que sostenía en la mano al suelo. Lo piso. Retorció el tacón del zapato para asegurarse de que lo había apagado. Y arrancó el letrero.

—¿Qué haces? —la amonesté—. Es posible que haya más parados que quieran ese puesto y si retiras el cartel no lo sabrán.

—Ese puesto es mío —aseveró con suficiencia mientras empujaba la acristalada puerta del bar y se introducía dentro.

La seguí hasta la barra donde ella se dirigió a un camarero con poblada barba *hipster*, al que le comunicó que quería hablar con el dueño. El barbudo levantó una ensortijada mano y señaló sin reparo a una mesa donde había un tipo de aspecto patibulario. Me fijé en que ese hombre rondaría los sesenta años y mostraba síntomas de estar malhumorado.

—Buenos días —lo saludó dejando el letrero arrancado de la puerta sobre la mesa, al lado de una taza de café que, como no humeaba, supe estaría frío.

—¿Quiere el trabajo? —consultó sin mucho ánimo, como si durante esa mañana no hubiera estado haciendo otra cosa que entrevistando a candidatos al puesto.

—No lo quiero. —Natalia chasqueó la lengua—. Lo exijo.

Creo que si en ese momento me pinchan no me sacan sangre. Allí solo cabían dos respuestas: o le daba el trabajo o la echaba a la calle. Fue lo primero, por suerte. A mí me gustaba Natalia, y me gustaba mucho. Pero lo que más me gustaba de ella eran sus arrestos para todo; no se amilanaba ante nada ni ante nadie. Esa chica era pura bravura y coraje.

Me dijo que el dueño le había preguntado el primer día si tenía experiencia como camarera. Por lo que parece ella le respondió que no, pero le aseguró que sabía tratar con el público y además sabía idiomas, algo muy importante en la hostelería. Precisamente fue Natalia la que me animó a que me matriculara en la academia de inglés, pues ella lo hablaba muy bien. Lo hablaba tan bien que incluso le había quedado algún rastro de acento. En un bar de copas, un camarero le preguntó si era francesa, si era rusa, si era canaria, si era de aquí o de allí. Por lo visto no solo a mi padre le interesaba saber de donde provenía.

—Soy una ciudadana del mundo —respondió—. Como Rick.

—¿Qué Rick? —preguntó el camarero.

—Déjalo —le dije—. Si no ha visto Casablanca, entonces es que no ha visto nada.

El camarero arrugó la frente visiblemente ofendido. Debió pensar que éramos unos sabelotodo.

Con las primeras mensualidades se compró dos cosas: un coche, de segunda mano, y un portátil, nuevo. El coche era un Ford Ka, el modelo antiguo. No sé los años que tenía; aunque me consta que muchos. Pero lo que sí sé es que tenía casi trescientos mil kilómetros. Cuando me enteré de ese dato, lo primero que me pregunté es quién había estado tan loco como para hacer tantos kilómetros con ese cacharro. El día que fuimos a verlo y apalabrar su compra, el vendedor, un tipo de esos que te vendería una estufa en el desierto, nos aseguró que el motor era nuevo.

—Le han hecho motor recientemente —nos dijo con semblante serio, revistiendo su aserción de una formalidad impostada.

—¿Le han hecho motor a un Ford Ka del año de Maricastaña? —cuestioné lo más cínico que pude.

—Os lo puedo garantizar —insistió—. Si queréis lo podéis probar y veréis que va como un reloj suizo. Solo ha tenido un dueño y era un abuelo que lo cuidó como un jarrón de porcelana china de la dinastía *Ming*.

Ese vendedor no había visto un jarrón de esa dinastía en su puta vida, me dije. Y aunque tratara de convencernos, ese coche no era más que una tartana con una capa de pintura reciente que a duras penas disimulaba que en cualquier momento se caería a pedazos.

—¿Qué te parece? —me preguntó Natalia.

—Depende de para qué lo vayas a usar. No pienses que con este cacharro —el vendedor arrugó el gesto cuando dije ‘cacharro’—, podrás viajar a China.

Con el coche nuevo (risas) y el portátil nuevo, nuestra vida transcurrió en dos partes bien diferenciadas. Entre semana trabajábamos los dos: ella en la cafetería de la plaza Colón, y yo en la oficina de una empresa de paquetería. Y el fin de semana es cuando salía a la palestra el Ford Ka y el súper ordenador. Con el coche habíamos conseguido irnos de copas a lugares donde era imposible hacerlo a no ser que tuvieras coche. Recuerdo cómo cogíamos algunas de las variantes de salida de Madrid y nos presentábamos en garitos más o menos decorosos donde nos metíamos varios copazos de lo que fuera. Luego, regresábamos a Madrid y nos sumergíamos en el trastero donde nos conocimos sexualmente y donde continuamos explorándonos y explotando. Para entonces ya había decorado ese trastero como si fuera un harén, colocando una maravillosa moqueta en el suelo y una lámpara de luz led con tono cálido sobre una estantería de hojalata. Después, una vez hecho lo que teníamos que hacer, nos vestíamos y subíamos al piso de mis padres. Ellos dormían y nosotros procurábamos no hacer ruido para no despertarlos. Mi padre se levantaba pronto para ir a conducir ese pesado camión cargado de cajas que repartía por toda la comunidad. Y si lo despertáramos, algo que nunca hicimos, creo, supongo que montaría en cólera y nos prohibiría entrar en el piso cuando ellos dormían. Los dos nos metíamos en mi habitación. Y lo primero que hacía Natalia era encender el portátil. Mientras el ordenador se calentaba, yo miraba mi cama y me preguntaba por qué no haríamos el amor allí en vez de en ese enclaustrado e incómodo trastero. Pero no lo hacía en voz alta, para no distraer a Natalia que ya había clavado los ojos en la reluciente pantalla del ordenador.

—¿No tienes Facebook? —me preguntó.

—No, la verdad. Ni sé qué es.

—Pues no sabes lo que te pierdes. Es una ventana al mundo.

Mientras hablaba yo observaba sus piernas desnudas, abiertas alrededor de la pequeña mesa de mi escritorio y me decía: eso sí que es una ventana al mundo.

Capítulo 6

Una noche de invierno de finales del mes de enero de esas que ni el hombre o la mujer del tiempo recomiendan salir, y si se sale que no sea en coche, y si es en coche que sea con cadenas, fue cuando a Natalia se le ocurrió conducir el destartado Ford Ka hasta Ávila. No sé ni por qué fue hasta allí ni por qué fue sin decírmelo ni qué coño había en Ávila para que hubiera viajado una noche de jueves después de que nos despidiéramos en la esquina de su calle. La última vez que la vi ni siquiera me lo comentó. Nos despedimos. Yo escuché la musicalidad de su taconeo mientras se introducía en la noche de ese callejón y desaparecía para siempre.

—Adiós, Natalia. Adiós mi amor —le hubiera dicho.

Y si ella me hubiera comentado que tenía pensado viajar a Ávila con el Ford Ka, yo se lo hubiera quitado de la cabeza de inmediato.

—No vayas —insistiría—. No vayas a Ávila que allí solo hay murallas y el cacharro ese que conduces se puede estampar contra una.

Yo no me enteré hasta el viernes por la mañana cuando llamaron a mi casa desde la cafetería de la plaza Colón. Natalia tenía que incorporarse a las siete de la mañana, y a las siete y media decidieron que era muy extraño que no hubiera llegado ya. Cuando comenzó a trabajar dio como segundo teléfono el mío, ya que en la cafetería pedían un teléfono alternativo por si tenían que llamar en caso de necesidad. Nos dijeron que lo hacían porque los camareros, todos jóvenes, si se retrasaban porque habían salido de juerga por la noche, entonces era imposible localizarlos en sus teléfonos porque seguramente los tendrían sin batería, apagados o fuera de cobertura. Por eso pedían que se dejara anotado un segundo teléfono alternativo para llamar en caso de necesidad.

Y la necesidad llegó el viernes por la mañana cuando Natalia no se presentó en la cafetería.

—Sí —respondí somnoliento.

—¿Natalia Sánchez?

—No, no está. ¿Quién es?

Era una compañera de la cafetería que llamaba por su cuenta y riesgo antes de que se enterara el dueño de que Natalia no se había presentado a trabajar. Supe que el compañerismo en el sector de la hostelería estaba garantizado.

—¿Eres Sabino? —me consultó.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Disculpa. Natalia no ha venido a trabajar aún y he llamado por mi cuenta por si se había dormido y así se evita la bronca del dueño.

—Gracias —le dije—. No te preocupes, enseguida la localizo. Seguramente se habrá dormido —ofrecí como justificación.

Me vestí y bajé a la calle con intención de no saber ni qué hacer ni a dónde ir ni a quién llamar. Natalia no se había personado en la cafetería, y ni yo ni nadie sabíamos dónde estaba. Llamé insistentemente a su teléfono móvil, pero estaba o apagado o fuera de cobertura. Entonces me di cuenta de que no sabía cómo localizarla. No sabía dónde vivía ni conocía a sus padres ni a ningún familiar ni a nadie que me pudiera decir por donde podía estar.

Cogí el metro y me bajé en la parada más próxima a la esquina donde cada día nos despedíamos con un apasionado beso. Me bajé del metro y subí enérgico las escaleras que daban a la calle, sintiendo una enorme bofetada de frío cuando llegué arriba. Hacía tanto frío que se congelaban hasta las ideas. Caminé anadeando hasta el último tramo de su calle, el último lugar hasta donde ella me dejaba llegar. Más allá no había nada, el silencio y la oscuridad. En ese momento sentí un

despliegue de soledad que me sumió en algo muy parecido a una depresión. Estaba allí, inmóvil, oteando el horizonte de la calle donde cada día nos despedíamos y no sabía dónde podía estar ella. Por un instante me la imaginé surgiendo desde el fondo, como un barco mercante que asoma desde el horizonte y se vislumbra entre la niebla. No hubo niebla, no hubo barco. Y tampoco hubo Natalia.

—Piensa. Piensa —me dije rebuscando en mis recuerdos alguna forma de localizarla.

Supuse, lo que era lo más normal del mundo, que ella estaría durmiendo en el piso de sus padres, y el coche lo tendría aparcado en la calle. No era tan complicado. Solo tenía que patear las calles adyacentes por donde ella me despedía y observar todos los coches hasta que diera con el suyo. El Ford Ka es pequeño, pero no invisible. Lo de creer que vivía con sus padres era un planteamiento que entonces percibí como absurdo y se basaba en que si ella viviera sola, entonces me habría invitado a su piso. Y si viviera con una amiga, entonces me hubiera invitado a su piso cuando no estuviera su amiga. Pero sí, como se me pasó por la cabeza en ese momento, viviera con otro hombre, entonces comprendí que no me invitara jamás a su piso.

—Ay, ay, ay —inicié un estúpido lamento—. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Comencé a caminar. De tanto en tanto pateaba la calzada para espantar el frío que me subía por los tobillos. Calle arriba, calle abajo. Portales, tiendas, bares y comercios. Nada. Ni rastro del Ford Ka.

A las ocho de la mañana ya había bastante gente peregrinando por la calle. Sus rostros de sueño se cruzaban con el mío de espanto. Entre esquina y esquina sacaba el teléfono móvil y marcaba el número de Natalia. Pero seguía apagado o fuera de cobertura.

—¿Natalia, dónde estás? Natalia, responde. Natalia, cojones, ¿dónde coño estás?

Un barrio es como un pueblo. Incluso hay barrios más pequeños que un pueblo pequeño, por lo que supuse que allí casi todo el mundo se conocía. Natalia no es una mujer vulgar, físicamente hablando, sino que es una mujer muy hermosa. Era más alta de lo normal, más delgada de lo normal, con el pelo más largo de lo habitual y con una expresión sensual y electrizante imposible de obviar. Evidentemente, si me dedicara a preguntar por ella en su barrio nadie me podría dar razón de su paradero, por muy bien que la describiera. Pero si preguntaba por su nombre es posible que alguien la conociera.

—Se llama Natalia Sánchez.

Comencé por los bares, por si algún cliente o camarero la conocía.

—No. No me suena —me dijeron en una cafetería.

Entré en tiendas de alimentación.

—No he oído hablar nunca de ella.

—No sé quién es.

—No, lo siento.

—No. Pregunte en aquella panadería.

—Es una chica así de alta —señalé con mi mano—. Muy guapa de rostro. Es delgada. Tiene un Ford Ka.

—No, lo siento.

—No la he visto.

—No sé quién es.

—Ni idea.

—Pregunte en aquella tienda, quizá allí tenga más suerte.

—Lleva un vestido de color claro. Calza zapatos de tacón alto. Cuando habla tiene acento entre francés o canario.

—No. Pero si la ve dele mi teléfono —me dijo un imbécil.

—Natalia. Natali. Natalia. ¿Dónde te has metido?

Hubiera sido más fácil buscarla en medio de un bosque. Porque podía haber ido caminando entre la maleza al mismo tiempo que gritaba su nombre con las manos apoyadas en mi boca como si fuera un embudo.

—¡Natalia!

Capítulo 7

La policía local de Ávila llamó a la policía local de Madrid. Natalia había facilitado la dirección del piso de mis padres como domicilio cuando adquirió el coche, ya que tenía que domiciliar las letras de pago en algún sitio. La policía no tuvo mayor problema en dar conmigo y comunicarme la noticia. El Ford Ka se había salido de la carretera en un lugar indeterminado entre Madrid y Ávila. Me dijeron que el coche se estrelló contra un árbol y murieron los dos ocupantes en el acto.

—¿Dos ocupantes? ¿Qué dos ocupantes?

Un coche de la policía me llevó hasta el tanatorio de Ávila donde reposaban los restos mortales de Natalia. Fue horrible tener que reconocer el cadáver. Pero era ella, no había duda. La muerte no tiene piedad con nadie y había destrozado su cuerpo, pero se distinguía su tez blanquecina, su nariz respingona y sus labios amplios. Iba ataviada con un vestido de fiesta que no le había visto nunca puesto. Incluso con el cuerpo destrozado le quedaba bien.

—¿Es ella?

—Sí. Es ella.

—¿Y él? ¿Lo conoce?

Me preguntaron por el otro cuerpo, el de un hombre que la acompañaba.

—No. No lo he visto en mi vida.

Mientras escondían el cajón metálico del otro cuerpo, pude retener en mi memoria sus rasgos. Era un hombre moreno, grueso, de mentón amplio y de cuello grande. Estaba amoratado por el accidente, pero me podía arriesgar a decir que era sudamericano. Quizá colombiano o ecuatoriano.

—¿Qué hacías con ese tío, Natalia?

—¿Quién coño es ese tío, Natalia?

—¿Por qué no conozco a ese tío, Natalia?

—¿Por qué fuiste a Ávila con ese tío, Natalia?

Eran preguntas retóricas, porque ella no podía responderme. Confieso que la presencia de ese segundo pasajero en el interior de su coche, hasta que no se aclarara, me había provocado algún que otro ataque de ansiedad. Y además como la relación entre Natalia y yo no estaba formalizada, la policía evitaba darme cualquier tipo de dato sobre ella, su acompañante o las circunstancias del accidente. Para los agentes yo no era más que un amigo de la víctima. Incluso me dijeron que fue un error mostrarme los cuerpos ya que yo no era nadie.

Recuerdo que en casa nos pasamos el día llorando. Mi madre la primera, como siempre. Lloré tanto que los ojos se me inflamaron y era incapaz de ver bien ni secándolos con un pañuelo de papel. Y cuando dejábamos de llorar, mi madre arrancaba de nuevo y nos arrastraba a todos con su llanto desconsolado.

—Maldita sea mi estampa —maldecía mi padre—. Ya decía yo que ese coche no estaba bien para circular.

—Calla, Manuel —amonestaba mi madre—. Bastantes problemas tenemos ahora como para que le des rienda suelta a tu mal genio.

—¿Y sus padres? —me preguntó mi madre—. ¿Dónde están?

—Eso me gustaría saber a mí, mamá. ¿Dónde están sus padres? ¿Cómo es que no ha venido nadie de su familia? ¿Tiene familia esa chica?

—Sabino, hijo mío. ¿Qué sabemos de ella?

—Nada, mamá. No sabemos nada.

Alguien tenía que saber algo. Alguien tenía que haberla visto. Natalia tenía que dormir en algún

sitio, aunque no fuese en ese barrio donde noche tras noche nos despedíamos en aquella esquina donde ella se perdía en el crepúsculo.

¿Y quién coño era ese tío que la acompañaba en el coche el día del accidente?

¿Y a dónde iban?

¿Y por qué no me lo dijo?

Las preguntas se me acumulaban en la cabeza como un juego de ingenio del que no eres capaz de encajar las piezas y completar el final. De repente, en tan solo unas horas, Natalia, mi Natalia, había pasado a ser una completa desconocida. Ahora ya no sabía nada de ella. Ahora ya no sabía ni siquiera si ella era real y había existido. Me tuve que meter dentro del trastero para a través de su olor que aún pervivía recordar que Natalia existió y, también, murió.

Estuve en la cafetería de la plaza Colón, pero por lo visto ellos sabían lo mismo que yo. Hablé con el dueño y con otra camarera, la que me llamó comunicándome que no había ido a trabajar, pensando que al ser mujer quizá habían hablado entre ellas y sabría más cosas de Natalia. Nada. Nada de nada.

—No era muy habladora —me dijeron—. Servicial, puntual y cumplidora, pero no hablaba con los otros empleados.

—¿Sabes si vino alguien preguntando por ella?

—No, que yo sepa. Cumplía con su horario y atendía bien a los clientes.

—¿Un coche? Alguien que la esperara en coche a la salida de la cafetería.

—No, lo siento.

—¿Vino algún día alguien preguntando por ella? ¿Un hombre?

—No.

—¿Una mujer?

—No.

—¿Dejó alguna dirección alternativa por si era necesario localizarla?

—No.

—¿Alguien la acompañó alguna vez a su casa?

—No.

—¿Te dijo dónde vivía?

—No. Nunca lo dijo.

—¿Algún teléfono de un familiar: su padre, madre, hermanos?

—No. No. No.

El dueño no estuvo muy hablador, incluso lo percibí esquivo. Parecía que le molestaba mi presencia, como si yo tuviera la culpa de su muerte. En esos días no podía hacer caso de mis conjeturas, porque mis nervios estaban a flor de piel.

—Oye, deja de molestar a mis empleados con preguntas sobre esa chica —me dijo en tono amenazante.

Durante unas interminables semanas estuve recorriendo de viernes a domingo los mismos locales de copas por dónde habíamos pasado juntos. Pregunté a algún camarero si recordaba habernos visto a los dos. A los que decían que sí, les preguntaba si recordaban haber visto a Natalia sola o en compañía de otras personas.

—No, no lo recuerdo.

—No sabría decirte.

—Creo que no.

—No. No me suena.

Aunque creo que lo que querían era evitar problemas. Un hombre que va preguntando por ahí si alguien ha visto a una mujer que anteriormente lo acompañaba en compañía de otros hombres, puede parecer un marido celoso. Y un marido celoso y despechado es alguien peligroso. Entiendo que nadie recordara a Natalia.

—Tenga —les entregaba una tarjeta—. Si recuerda algo, llámeme por favor. Me llamo Sabino Peláez.

Cogían la tarjeta y leía el texto y seguidamente me miraban a mí.

—¿Es usted policía?

—No. No lo soy.

—¿Está seguro?

—Sí, claro que lo estoy. Ya le digo que no soy policía.

—¿Y entonces por qué busca a esa chica?

—Ha fallecido y estoy buscando algún familiar para comunicar su defunción —mentía.

Capítulo 8

Decidí acercarme a una comisaría de la Policía Nacional. Estaba convencido de que disponía de suficientes datos como para que se investigara el asunto de la muerte de Natalia Sánchez. Y mi única baza era enfocarlo desde el punto de vista criminal y convencer a la policía de que su muerte en realidad fue un asesinato.

Me atendió un agente tan grueso que seguramente le confeccionaron el uniforme a medida. Supe que su edad sería un inconveniente, porque rondaría los cincuenta años y un agente tan veterano quizá no comprendería mi ofuscación tratando de localizar a Natalia.

—¿Y dice que era su novia?

—Bueno, novia no. Mi chica.

—Entiendo —chasqueó los labios mientras se lamía un poblado bigote de color blanco que le cubría la boca—. ¿Qué ha ocurrido?

Cogí aire y le conté que Natalia y su acompañante habían perdido la vida en un accidente de tráfico, en un tramo entre Madrid y Ávila. Mientras yo hablaba tuve la sensación de que el agente no prestaba mucha atención sobre lo que yo le estaba contando. Incluso creo que le molestaba mi presencia, como si pensara en otras cosas más importantes que hacer y estuviera deseando que me marchara para seguir haciendo lo que estuviera haciendo antes de que yo llegara.

—Así que un accidente de tráfico —repitió mis últimas palabras con cierta sorna que no trató de disimular.

—Sí, eso he dicho.

Luego me preguntó por los apellidos de Natalia. Le respondí que Natalia Sánchez.

—¿Y el segundo apellido?

Me quedé ensimismado, como si fuese estúpido. Ciertamente desconocía el segundo apellido. ¿Cómo es que no me lo dijo?

—Pues la verdad es que no lo recuerdo.

—Me ha dicho que era su chica.

—Sí, eso he dicho.

—¿Y no sabe su segundo apellido?

—Sí que lo sé, pero con los nervios no lo recuerdo.

—Ah, ya.

—Creo que la han asesinado porque sabía algo.

—¿Qué sabía?

—Algo. No sé.

Me ofusqué de tal manera que comprendí que tenía que tranquilizarme si no quería que acabaran deteniéndome a mí.

—Si no me da más datos difícilmente podré ayudarle.

El policía había dejado sobre la mesa un folio y en su mano sostenía un bolígrafo, por lo que entendí que se estaba interesando por el asunto. Seguidamente me preguntó mi nombre y me pidió un teléfono de contacto.

—En cuanto sepamos algo le llamaremos.

A mí me sonó a ‘vete con viento fresco’. A ‘vete con viento fresco, cornudo’ o a ‘vete con viento fresco, gilipollas’.

Durante la segunda semana, después de incinerar el cuerpo de Natalia, estuve dando bandazos por el Madrid más triste. Natalia llegó a mí como una exhalación. Y se había ido como un suspiro.

Mis padres tuvieron que costear el crematorio y todos los servicios anexos, porque yo no tenía dinero y los padres o familiares de Natalia estaban desaparecidos o no existían. Era una incongruencia descomunal que mis padres tuviesen que costear los gastos de una desconocida y que no hubiese forma de saber nada sobre ella. Hasta el banco nos pasó el recibo del portátil y del Ford Ka, porque cuando lo financió Natalia me puse yo como aval.

A mediados de la segunda semana comencé a recomponer el puzle desde el mismo momento en que nos conocimos. Recordé que la primera vez que la vi fue un viernes por la tarde, cuando salí a dar una vuelta por la Puerta del Sol. Fue una semana larga en la que tuvimos mucho trabajo en la empresa de paquetería. Faltaban unos días para Navidad y todo el mundo compraba a través de Internet. El trabajo se nos multiplicó por veinte y no parábamos desde que entrábamos hasta que salíamos. Habían prohibido las horas extras y tuvieron que contratar una decena de empleados para poder abarcar el volumen de pedidos. Estuve paseando bajo el invernical cielo de Madrid y me perdí por varios comercios observando a la ingente cantidad de público mientras se volcaba comprando.

Sobre las nueve de la noche me encontré con una pareja a los que conocía desde el instituto. Eran dos chavales muy majos y, lo cierto, es que hacían buena pareja. Víctor era alto y estilizado, mientras que Benjamín era pequeño y rechoncho. En el instituto había muchos chicos que se reían de ellos, pero a mí me caían simpáticos. A veces creemos que somos un país muy avanzado y lo cierto es que todavía nos quedan varios años para ser medianamente civilizados. Nos saludamos y conversamos unos instantes en la típica conversación de ascensor. Esas conversaciones en que no se dice nada sustancial, del estilo de hace frío y cuánta gente hay por la calle. Luego me ofrecieron ir a cenar con ellos, añadiendo que habían reservado mesa en un restaurante de la zona.

—Donde comen dos comen tres. —Sonrieron amablemente—. Y después nos podemos ir de copas —añadieron.

Creo que en ese instante tuve un ataque de moralidad y me dio por censurarme a mí mismo y creer que no debía ir en compañía de dos gays. Era absurdo pensar que por ir en compañía de dos gays yo también tenía que serlo, pero seguimos anquilosados en una conciencia retrógrada. El caso es que rechacé su ofrecimiento a pesar de que me hubiera apetecido ir de cena y de copas con ellos.

—Otra vez será —les dije.

Ellos se fueron cogidos de la mano calle abajo, y yo me fui con mis remordimientos calle arriba.

Se había hecho tarde y rechazaba la perspectiva de cenar solo en algún garito de la zona, por lo que me subí en el primer bus que vi con destino a mi calle o que pasara cerca de mi calle o que me alejara de allí. Recorrí todo el autobús hasta la parte trasera. Odiaba viajar con gente sentada a mi espalda. No soportaba tener miradas detrás de mí, contemplando mi nuca como si yo fuera un bicho raro. Atrás estaría más seguro y más tranquilo y menos observado. Calculé, observando el panel informativo interior, el número de paradas que faltaban para llegar a mi barrio.

Con las prisas no me subí al autobús correcto y solo quedaban dos opciones: o bajarme y coger otro o viajar los cuarenta minutos que faltaban hasta llegar a mi calle. La sensación de ridículo que me embargó fue la que me forzó a seguir de viaje y no apeararme en la próxima parada. Cuarenta minutos son muchos minutos para un viernes por la noche, sobre todo después de una semana agotadora. Así que decidí sentarme.

—¿Está ocupado? —le pregunté a una chica que estaba sentada en la esquina derecha de la parte trasera del bus.

—No —sonrió—. Está libre.
—Gracias —suspiré.
Y me senté a su lado.

Capítulo 9

—Es raro —me dijo.

—¿El qué? —me interesé.

—Ver a un chico solo a estas horas en este autobús.

Recuerdo que la miré sin mirarla, como con vergüenza. Aquella chica era preciosa y hablaba con una voz dulce que adormecía los sentidos. Yo la escuchaba como si en aquel autobús no hubiera nadie más, solo nosotros dos envueltos en una nube de polvo de estrellas. Era la primera vez que me subía a ese bus y me topaba con un ángel.

—Verás —me sinceré—, he tenido una semana terrible en el trabajo. Y al ser fin de semana me apetecía salir un rato a pasear. Me gusta sentir el invierno aporreando mi cara después de tantos días encerrado en una oficina donde el único aliento son los estornudos de mis compañeros.

Ella abrió los labios como si fuese a emitir una risa, pero se ahogó en un gesto de contrición que me recordó a los que reprimen un eructo en una mesa ante invitados desconocidos después de comer.

—¿Vives por aquí?

—No, que va. Ya me gustaría vivir en un barrio tan apuesto —dije señalando con la barbilla un conjunto de edificios con fachada de ladrillo rojo—. Vivo en las afueras, donde viven los pobres.

Ella me miró con expresión de nostalgia, como si yo le hubiera traído recuerdos del pasado.

—No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita —me dijo.

Durante media hora estuvimos hablando. Es fascinante hablar con un desconocido, porque todo lo que se dice es nuevo. Yo le conté en qué consistía mi trabajo. Le dije que había estudiado en el instituto, pero que no llegué a la universidad. Mencioné que vivía con mis padres, pero ellos no se metían conmigo y yo no les molestaba. Le conté que no tenía grandes aspiraciones.

—Solo vivir y disfrutar de los pequeños momentos de felicidad que nos da la vida. Como este —añadí con coquetería.

Lo cierto es que ella me contó bien poco de su vida, más bien nada. Asentía a lo que yo le iba diciendo y no dejaba de sonreír como si yo le pareciese un tipo gracioso. Me chocó su acento, que no puede identificar. Pero en algún instante me pareció extranjero.

—A mí también me gusta viajar en autobús —sonrió de nuevo.

Hubo un momento en que abrió los labios para decir algo que parecía importante, pero no dijo nada. Creo que en ese momento me iba a decir la verdad, la verdad de todo. Pero se silenció para que yo siguiera hablando. Cuando ya faltaban apenas unos minutos para nuestra parada, fue cuando le dije:

—¿Y tú? No me has contado nada de ti.

Enmudeció durante casi un minuto en los que su mirada recorrió los bloques de pisos que había a su izquierda y finalmente respondió:

—Esta es mi parada.

Y se puso en pie rozando con su cabello el techo del autobús.

Al día siguiente hice el mismo recorrido. Fui hasta la Puerta del Sol y allí estuve dando vueltas sin ton ni son, haciendo tiempo hasta que pasara el mismo autobús. Me esperé en la parada unos quince minutos, en los que aguanté a una anciana que me contó su vida resumida. Yo ni siquiera la miraba, pero la escuchaba. No la miraba porque estaba pendiente de no perder el bus.

Cuando pasó me subí como activado por un resorte invisible. Recorrí el pasillo hacia atrás.

Y, cuando iba por la mitad, mis ojos se posaron en los suyos. Ella estaba allí, como el día anterior. A su lado había un hombre de unos cincuenta años que me pareció estaba sonriendo. Pero la chica, al verme, se puso en pie cogiendo su bolso con la mano.

—Hola —saludó—. ¿Has vuelto?

—Sí —le dije nervioso.

—¿Por qué?

—Porque quería verte.

Al ser sábado el autobús iba lleno hasta los topes, por lo que los dos conversamos de pie. Estuvimos hablando hasta que llegó su parada. Entonces se bajó, pero antes me miró como si quisiera decirme algo. No sé, yo soy muy torpe para estas cosas. No sé si quería decirme que me bajara con ella. Que no me bajara. Que nunca volveríamos a vernos. No sé lo que quiso decirme, pero me bajé con ella.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me gusta tu compañía —me sinceré—. Estoy muy a gusto contigo.

—Eres una buena persona —me dijo.

Creo que hoy día no te pueden hacer mejor cumplido que ese, el de decirte que eres una buena persona.

—Y tú eres una mujer...

Como no supe como acabar la frase, no la acabé a riesgo de parecer un papanatas.

Los dos caminamos en silencio hasta la esquina de su calle. Hasta esa esquina donde nunca me dejó pasar más allá. Mientras pateábamos el suelo yo iba imaginando como acabaría la noche. Incluso hubo un momento que elucubré la posibilidad de que ella me ofreciera subir hasta su piso. De hacerlo la hubiera seguido a donde fuera, incluso al fin del mundo.

—Deberías olvidarla —me dijo mi madre.

—Lo sé. Lo sé, mamá. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Quédate con su recuerdo y los buenos momentos que pasasteis junto —intervino mi padre.

—Sí, papá. Estoy en ello.

Perdí varios kilos, porque comía mucho menos. Por las noches me encerraba en mi habitación a llorar. Hay que ver que bien sienta llorar. Lloraba y sentía lástima de mí mismo. Me decía que la vida es injusta porque me trajo a Natalia y luego me la quitó. Me consolaba saber que yo era un mártir que fui utilizado por el infortunio para aporrear me con fiereza. Era un saco relleno de lana al que el púgil de la desolación había elegido como sparring. Lloraba hasta que me quedaba dormido y entonces soñaba con Natalia. En mis sueños siempre la veía sonriente. Allí, sentada en el autobús, con su bolso recogido con coquetería sobre sus piernas. Poniéndose de pie con esa altura desmedida para una mujer. Asintiendo a todo lo que yo le decía cabeceando mientras su pelo se le enredaba en sus hombros redondos. Viajando sola en la noche.

—Sola. ¿Sola?

Y entonces me despertaba sobresaltado. Y colérico.

—¿Quién era ese hombre que la acompañaba en el coche?

Capítulo 10

Me senté en la silla, frente a mi escritorio, donde el ordenador portátil de Natalia chasqueaba mientras el procesador se ponía en marcha. Recordé como ella se pasaba las horas frente a él. Toqueteando esas ruidosas teclas. Arrastrando el cursor por la pantalla como si fuese una flecha apuntando a todas partes. Se pasaba tanto tiempo frente a ese monitor que tuve el presentimiento de que gran parte de su vida, y por lo tanto de su muerte, estaría allí encerrada. No me sentía culpable de haberme quedado el portátil porque mis padres todavía lo estaban pagando a plazos.

—Deberíamos venderlo en una de esas páginas de segunda mano —ofreció mi padre—. Y así recuperaríamos algo.

—Nos darían menos de la mitad de lo que costó —rechacé su idea.

Lo que más apuro me daba era que seguíamos pagando el Ford Ka y ni siquiera lo teníamos porque el coche quedó para el desguace.

—No te preocupes por nada —tranquilizó mi madre.

Conecté el ratón para facilitar el manejo del puntero, ya que el panel táctil para arrastrar el dedo me era incómodo. Al principio no sabía muy bien qué mirar. Había una pantalla llena de iconos. El fondo de escritorio era la foto de una playa. No creo que ni tan siquiera fuera una fotografía tomada por ella, era una de esas fotos de postal que debió coger de alguna página de fondos de escritorio. Entre los iconos había de todo, pero principalmente eran los típicos del procesador de texto, dibujo, juegos y varios enlaces directos a páginas de compras: viajes, regalos, joyas y ropa. Supongo que le gustaría visitar tiendas virtuales como si se tratara de tiendas físicas. La verdad es que nunca reparé en qué es lo que hacía cuando estaba delante del ordenador. No reparé porque no me importó.

Y entonces me fijé en el icono de Facebook. Y pinché encima con el puntero. Se abrió una ventana con varias solicitudes de amistad. Y no es de extrañar, porque la foto que había puesto en su perfil era de lo más sugerente. Estaba sentada en un banco de piedra del parque del Retiro. Detrás de ella el lago con varias barcas navegando. Era verano y vestía con una elegante y provocativa camiseta de tirantes. Sonreía a la cámara. Mostraba un sosiego que tranquilizaba con solo observar esa imagen. En el icono de notificaciones había el número 178, por lo que en los últimos días habían publicado esa cantidad de comentarios. Sentí cierta pena por ellos, porque había gente que trataba a Natalia como si aún viviera. Sin embargo, ella nunca les podría responder.

Pero el icono más inquietante era el de los mensajes. Ahí pude leer que había quince mensajes pendientes de leer. Eran mensajes privados que solo podía leer quién los recibía, al contrario de los que se publican en el muro que los podían leer todos los contactos. Instintivamente, sin pensar demasiado, pinche en el icono de los mensajes.

La gran mayoría, por no decir casi todos, provenían de perfiles de hombres que se insinuaban, algunos con muy poco tacto, para quedar con ella. Eran los típicos mensajes utilizados para ligar en locales de ocio, pero con la particularidad de que se publicaban en Internet. Se había renovado el característico trabajas o estudias o qué hace una chica como tú en un sitio como este, por el quedamos en sitio apartado y lo que surja o sexo sin compromiso. Confieso que sentí un temor innato a adentrarme en esos mensajes, porque sabía que la respuesta que hallara quizá no me iba a gustar. Así que, muy a mi pesar, evité leerlos todos y me limité a leer la cabecera de lo que ponía cada uno de los contactos, pero sin curiosear en la respuesta de Natalia.

Decidí que ya había visto suficiente, porque pensé que a los muertos hay que dejarlos descansar. Natalia Sánchez, no tenía que olvidarlo, falleció en un accidente de tráfico. Si hubiera habido algo extraño en su muerte, la policía lo hubiera investigado. Para todos, para los agentes,

para mis padres y para mí, Natalia y su desconocido acompañante habían muerto en un fatal accidente de los miles que hay cada año en las carreteras españolas.

Fin del cuento.

Me recliné en el asiento contemplando la pantalla del portátil. Planifiqué que seguramente acabaría por llevarlo a una tienda de informática para que lo formatearan y lo dejaran como nuevo, que para eso lo estábamos pagando. Ahora era mío y lo podía utilizar a mi antojo. Después de todo, sería el único recuerdo que me quedaría de mi enigmática y desconocida ‘amiga’.

Estaba en esas, pensando, con la tapa del ordenador abierta, repantigado en mi silla, cuando saltó una ventana en la parte inferior derecha de la pantalla:

«Hola, Natasha». «¿Puedes hablar?».

Capítulo 11

Confieso que me sobresalté. Alguien sabía que Natalia, o sea, yo, estaba conectada en ese instante. No conocía muy bien el funcionamiento de Facebook, pero intuí que sería como los *chats* antiguos donde cuando te conectabas a la aplicación tus seguidores saben que estás *online*. Al encender el portátil y acceder como si fuese Natalia, sus contactos verían que ella estaba delante del ordenador y alguno de esos contactos quería que le respondiera.

No toqué nada, porque no era momento de hacer tonterías y, sobre todo, no era el momento de precipitarse. Fui consciente de que era la primera vez que tenía constancia de que alguien conocía a Natalia. Y además la llamaba con un sobrenombre cariñoso: *Natasha*. En el tiempo que estuvimos saliendo juntos ella nunca me dijo que en las redes sociales utilizaba ese seudónimo. Pero comprendí que dentro de su discreción no querría que nadie conociera su verdadera identidad cuando se conectaba a Facebook. Miré en la parte superior de la ventana y leí el nombre de quién se dirigía a ella: *Nora Rubinstein*. El mundo de los alias en internet es fascinante, porque ni Natasha era Natasha y, evidentemente, Nora no sería Nora.

Pasaron unos angustiosos segundos en los que no supe qué hacer. Mi cabeza era un torbellino de sensaciones y no me decidía a responder a ese llamamiento virtual. Si yo respondía, fuese quién fuese la tal Nora, ella sabría que alguien estaba al otro lado. Y por el cariz de su pregunta, esa chica aún creía que Natalia estaba viva. En caso contrario no se hubiera dirigido a ella.

Mi primer movimiento, de forma instintiva, fue cerrar la tapa del portátil. El golpe fue tan brusco que despertó a mi madre.

—¿Qué ha sido ese ruido? —me preguntó desde el pasillo.

—Nada, mamá. Un zapato que se me cayó al quitármelo.

No se me ocurrió otro objeto que hiciese un ruido similar a la tapa de un ordenador portátil cerrándose con fuerza.

—Ten cuidado no te hagas daño.

—Lo tendré, mamá.

A continuación me puse en pie y deambulé inquieto por los dos metros de longitud que había entre la mesilla de noche y mi cama. La misma cama donde me sentaba días atrás a contemplar como Natalia aporreaba las teclas de ese ordenador que ahora estaba allí, ante mí, con una desconocida y misteriosa Nora esperando a que respondiera si podía hablar o no. Pensé que me podía haber preocupado un poco más de lo que hacía Natalia cuando se sentaba en mi habitación y así sabría algo más de sus amistades virtuales.

«Sí, claro». —tecleé ansioso—. «¿Qué tal estás?».

Lancé una pregunta como si ella y yo fuésemos grandes amigos. No sabía qué relación mantenían esa Nora y Natasha, pero tenía que ser cauto si lo que buscaba era averiguar más cosas sobre ella.

«Ten cuidado estos días», escribió. «El Turco anda revuelto por el asunto de ese amigo tuyo».

«...».

«¿Sigues ahí?», me preguntó al ver que yo no respondía.

¿Amigo? ¿No se estaría refiriendo a mí? No sabía quién era el Turco, pero suponía que sería el tío que la acompañaba en el Ford Ka cuando se estrelló. ¿Y por qué coño iba a andar revuelto ese tío por mí?

«...».

«¿Sigues ahí?», insistió.

«Sí. Aquí sigo». «Perdona, tengo muchas cosas en la cabeza», escribí. «¿A qué amigo te

refieres?»

«A ese del que te has encaprichado, el de la empresa de paquetería».

En ese instante solo me llegaron preguntas al cerebro de manera constante, agolpándose antes de que mi memoria fuese capaz de darles respuesta.

¿Por qué la tal Nora sabía de mi existencia?

¿Quién cojones era el Turco ese?

¿Por qué andaba revuelto?

Y, lo peor de todo: ¿Por qué tenía que tener cuidado?

—¿Estás bien, Sabino? —chilló mi madre de nuevo al otro lado de la puerta.

—Ahora no, mamá. Ahora no que estoy ocupado.

Siempre que mi madre me requería al otro lado de la puerta de mi habitación, y me preguntaba si estaba bien, y yo le respondía que ahora no, tenía la impresión de que ella pensaba que me estaba masturbando. Y alguna vez era verdad, pero no siempre.

«Mañana te cuento», escribió Nora.

Fue el último mensaje que se quedó escrito en la pantalla del ordenador mientras el cursor parpadeaba de forma inquietante.

Capítulo 12

Me parecía dantesco que nadie, absolutamente nadie, supiera quién era Natalia. Que nadie en su calle la recordara. Que ningún tendero, camarero o vecino la hubiera visto. Y esa tal Nora Rubinstein me advirtiera de que tuviera cuidado de un tal Turco, que con ese remoquete ya me podía figurar que era un tipo de cuidado.

Lo primero que pensé es en acudir a la policía y decirles que el acompañante que murió junto a Natalia en el accidente del Ford Ka se hace llamar el Turco. Y que temía por mi vida porque una tía que se hacía llamar Nora me dijo a través de la mensajería de Facebook de Natalia, que se hace llamar Natasha, que yo tuviese cuidado. ¿De qué? No, definitivamente no acudiría a la policía. De momento.

Como cabía esperar, esa noche no dormí. Estuve todo el rato dando vueltas en la cama. Mirando el techo. Mirando el ordenador que permanecía con la tapa bajada sobre la mesa de mi escritorio con un inquietante parpadeo de una luz roja que se había convertido en el centro de toda mi habitación. Esa luz me martilleaba como una estrella lejana que quisiera decirte que allí, a lo lejos, en la inmensidad del universo, hay vida.

—Natasha. Natasha. Natasha —repetí hasta en tres ocasiones.

Comencé a pensar que quizá Natalia era rusa. Tenía aspecto ruso. Acento extranjero, que probablemente fuese ruso. Pero creía recordar que a mi padre, cuando se lo preguntó, le dijo que era adoptada. Entonces supuse que era una evasiva para no seguir respondiendo a sus preguntas. Pero ahora, bien visto, quizá dijo la verdad y era adoptada. Y rusa. Entonces tendría explicación lo del seudónimo ese de Natasha, que quizá era su nombre verdadero.

El lunes por la mañana me levanté de la cama completamente desvelado y con un pesado dolor de cabeza intermitente, como la luz led que parpadeaba en el ordenador portátil.

—Haces mala cara —me dijo mi madre cuando coincidimos en la cocina.

—No he dormido bien —rechacé dar más explicaciones.

Yo había dejado dos rebanadas de pan en la tostadora y se quemaron porque no las saqué a tiempo. Y también se quemaron las dos siguientes que puse como reemplazo de las dos primeras que se habían chamuscado. Por fortuna mi padre hacía rato que se había ido a trabajar, porque de estar allí me hubiera dicho su consabido:

—¿Estás tonto o qué?

Mi madre me pasó la mano por la espalda e hizo una intentona de darme un beso, pero yo lo rechacé porque no quería que nadie se compadeciera de mí. Solo necesitaba tiempo para olvidarme de Natalia. O de Natasha.

—Ya verás como en unos días estarás mejor —me dijo antes de echarse a llorar.

En la oficina no di pie con bola. Pero como la muerte de Natalia era reciente y todos los empleados sabían que ella había sido ‘mi chica’, comprendieron que era normal que esa herida todavía no hubiera cicatrizado. En cierta manera me sentía cómodo porque ellos me dejaban hacer lo que me viniera en gana. Derribé un vaso de cartón de la máquina de café y la tetuda de la mesa 10 se ofreció a recogerlo.

—Tranquilo, Sabino. No te preocupes, yo lo recojo.

Me quedé allí parado como un estúpido mientras Zaida restregaba la fregona por el suelo, recogiendo un charco de café frío y espeso por el exceso de azúcar.

Pegué un manotazo en la mesa cuando no me cuadraron las sumas de un listado de paquetes que teníamos que enviar a un concesionario de coches. Y el del peluquín de la mesa 8 me dijo que le pasara esos informes que ya los cuadraría él por mí.

Sentado en mi mesa cogí un folio de la impresora y comencé a anotar los datos fiables de los que disponía al mismo tiempo que los enlazaba con una flecha, como si fuese un programador informático estructurando un programa de software. En ese instante supe que la muerte de Natalia me iba a perseguir toda mi vida, a no ser que hiciera algo por aclararla. Tuve una especie de palpito, una punzada me dijo al oído que ella no había muerto de muerte natural, si es que se puede considerar natural lo de morir aplastada en el interior de un Ford Ka. En mi listado particular coloqué, conforme me afloraban a la cabeza todos los datos que hollaban en mi recuerdo, los nombres de los actores de esta comedia en que se había convertido mi vida.

«Natalia Sánchez (Natasha)».

«Nora Rubinstein».

«El Turco».

«...».

Luego, ante la falta de motivación y de ideas, comencé a pensar en variables externas no relacionadas que me pudieran aportar una pista. Y ahí comenzaron a surgir preguntas que tenía que responder de forma secuencial si quería avanzar en averiguar qué coño hacía Natalia un jueves por la noche, camino de Ávila, en una mierda de coche, haciéndose acompañar por un tío al que yo que era su 'chico' ni siquiera conocía. Esta última reflexión la debí decir en voz alta, porque uno de los compañeros desde la fila tres asomó su enorme cabezón por detrás de un monitor y me preguntó si necesitaba alguna cosa.

—¿Todo bien, Sabino?

—Sí, gracias, Elías. Está todo estupendo. Un cliente de Alcorcón le dijo al repartidor que estaría en casa, y resulta que no está —mentí para que creyese que mi enfado estaba relacionado con el trabajo.

Repasé la porquería de listado que había confeccionado, mientras supe que nunca llegaría a ser un buen detective privado.

«Natalia Sánchez (Natasha)».

«Nora Rubinstein».

«El Turco».

«...».

A continuación de los tres puntos últimos puse un nombre al azar, como si sintiera la necesidad de completar ese párrafo que asemejaba una línea huérfana. Y añadí:

«Conductor de autobús».

—Veamos —me dije murmurando como si estuviera hablando por teléfono con un cliente. No sé por qué, pensar en voz alta me ayudaba a pensar mejor.

Recordé que en todas las ocasiones que viajé con ella en el autobús, siempre iba el mismo conductor. Y Natalia tenía una belleza escandalosa y, al ser una mujer más alta de lo corriente, medía casi un metro ochenta, es normal, y sobre todo dentro de un autobús, donde la altura destaca más que en la calle, que ese conductor se fijara en ella.

El '*autobusero*' era un tío grueso de tez lampiña con la cabeza cubierta por una mata de pelo negra que parecía un casco. En su oreja derecha pendía un pendiente de aro que aparentaba una anilla de un *carpesano*. Lo recordaba porque al pasar por su lado tenía que pagarle el viaje. Recuerdo que tenía una voz ronca, como si fuese un fumador empedernido. Jamás lo vi reír, pero su seriedad era fingida porque creo que pese a su rudeza era un buen tío. Un conductor de autobús que hace siempre la misma ruta es como un cartero que siempre reparte en la misma zona o como un repartidor de paquetería al que le asignan el mismo distrito, en todos los casos es alguien que acaba por familiarizarse con las personas que hay en su campo de trabajo.

Solo tenía que subir en el mismo autobús y preguntarle:

—¿Recuerda usted a una chica alta y delgada de belleza extrema que cogía este autobús cada día, especialmente los fines de semana, entre las ocho y las nueve de la noche?

Capítulo 13

- Si no comes te quedarás en los huesos —me dijo mi madre.
—Y luego te morirás —añadió mi padre.
—Y cuando te mueras, nosotros lloraremos —siguió argumentando mi madre.
Y una vez dijo la última frase, se metió en la cocina y se puso a llorar.
—Ves —amonestó mi padre—. Ya has hecho llorar a tu madre otra vez.
—Pero si yo no he dicho nada —me defendí.
—Pero no comes y sabes que eso la enfada.

No quería discutir, porque no tenía ni el valor ni las ganas ni el talento necesario para discutir con mis padres. Hacía ya tres semanas que incineramos el cuerpo descompuesto y fracturado de Natalia y yo seguía sin superar su ausencia. En esos días comprendí que cuando alguien se va pasamos por diferentes y peculiares estados que nos ayudan a sobrellevar el dolor de la pérdida. En mi caso hubiera sido sencillo migrar mi estado emocional del dolor al odio. Todo lo que conocía de ella y de su vida, hasta ese momento no era más que un cúmulo de adjetivos que difícilmente podía pronunciar sin enfadarme. A la vista de los datos que obraban en mi poder, ella, y un amigote que solo conocía ella, se fueron de juerga un fin de semana hasta Ávila. En algún momento el coche se salió de la carretera y los dos perecieron estampados contra un grueso, robusto y hermoso árbol que había en un lugar indeterminado en el margen del arcén.

Para mí habría sido de una simpleza enfermiza pensar que ella me la estaba pegando con otro, y en ese caso bien se merecía la muerte. Fin del capítulo denominado: desde el rencor a la muerte. ¿Por qué tendría que seguir enamorado de una tía que me mintió?

Luego tuve un arrebato de amor incondicional y pensé, o quise pensar, que la historia no sería tan simple como yo quería creer que era y que detrás de su muerte, y de la muerte de su acompañante, había algo más que una sencilla muerte doble. Hasta que no tuviera todos los datos no podía pronunciarlo. Y eso era lo que me quemaba por dentro precisamente, no saber por qué y a dónde iba con ese tío, el Turco.

Me senté en la cama. Me sequé las lágrimas con una toalla. Observé los dedos de la mano izquierda, donde noté a faltar un cigarrillo. Llevaba cuatro años sin fumar y no fumé ni cuando conocí a Natalia, y eso que ella fumaba. Y no iba a fumar ahora que me había dejado. Que se había ido en compañía de ese tipo con el que se estrelló contra ese árbol que parecía que el destino había puesto allí para que el pequeño y ridículo Ford Ka se aplastara como un acordeón.

La luz del ordenador portátil de Natalia seguía parpadeando. Me llamaba para que yo levantara la tapa y entablara una conversación escrita con la desconocida y exótica Nora Rubinstein.

Y levanté la tapa del portátil, como si estuviera levantando la tapa de la Caja de Pandora y abriera la puerta para que todos los demonios del universo pulularan por mi habitación.

«Hola, Nora», escribí. «¿Estás conectada?».

«...».

«¿Nora?».

«...».

«¡Nora!».

«...».

«¡¡¡NORA!!!».

«Sí. Un momento». «Estoy con un cliente». «Enseguida te atiendo».

El cursor se quedó parpadeando, acompasando los latidos de mi corazón.

¿Un cliente? Me dije. Bueno, me tranquilicé. No había que pensar mal. O al menos no pensar mal

tan pronto. Yo también atendía a clientes y no era lo que comenzaba a creer que era Nora. Mientras el cursor parpadeaba, yo aproveché para fijarme detenidamente en la foto de su perfil. Era una chica rubia, y parecía un rubio natural. Hermosa, casi se podía decir que viciosa. Su aspecto me recordaba a las actrices porno de países del este de Europa. Lo sabía porque en alguna ocasión me había, bueno, me había entretenido viendo vídeos donde salían ese tipo de chicas. Lo hice antes de conocer a Natalia. Pero seguramente lo tendría que seguir haciendo ahora que ella no estaba.

«Ya estoy contigo», escribió.

Yo me quedé embozado mirando la pantalla sin decidirme a escribir. No las tenía todas conmigo y no estaba seguro de si quería seguir con ese juego. En mi cabeza había una guerra interna que pujaba por llegar al fondo del asunto de quién era Natalia, por qué estuvo conmigo y por qué murió en ese accidente. O directamente pasar y olvidarme de todo y regresar a mi insulsa vida.

«Natasha. ¿Estás ahí?», insistió.

«Sí, disculpa». «Estaba con un cliente».

Quería poner a prueba lo que Nora sabía de Natalia.

«¿Un cliente?» «Creí que lo habías dejado cuando conociste a ese panoli de la empresa de paquetería».

¿Panoli? La madre que la parió. Me contuve porque no procedía escribirle cuatro cosas a esa amiga de Natalia. Pero de la manera que escribió ya no me quedaba ninguna duda de a qué se dedicaba antes de conocerme. Lo que no me quedó claro es por qué se encaprichó de mí si yo no tengo nada y por lo tanto no puedo ofrecer nada.

«Lo dejé», escribí. «Pero el panoli gana poco dinero y tengo que trabajar de tanto en tanto».

«Ya sabes lo que pienso», escribió en dos tramos, como si estuviera haciendo otra cosa mientras escribía. «Si alguna vez dejas el oficio que sea por un multimillonario».

Por si había tenido alguna duda al principio, ahora ya no tenía ninguna. La tal Nora y Natalia son prostitutas. Y en el caso de Natalia su nombre de guerra era *Natasha*. Al menos hasta que me conoció a mí. Y me gustaría suponer que dejó la prostitución por mi amor. Y como el amor dura poco, ese fin de semana sucumbió en el interior de un coche en compañía de un cliente, frente a un árbol recio e inamovible de la carretera que va desde Madrid a Ávila. O sea, que de amor hacia mí el justo.

«¿Sabes algo del Turco?», me preguntó.

«...».

«¿Sabes algo del Turco?», repreguntó. «¿Hace días que ninguna sabemos nada de él?».

Era una certeza que Nora no sabía que el Turco y Natasha habían muerto. Estuve a punto de interrumpir la comunicación con ella, pero todavía me quedaba alguna pregunta en el tintero por lo que seguí mintiendo hasta que supiera la verdad. O parte de la verdad.

«No sé nada tampoco».

«Estamos preocupadas porque el Turco no aparece».

Ni aparecerá, me dije.

Una cosa estaba clara, y era que Nora sabía escribir, porque hasta ese momento no había hecho ninguna falta de ortografía y su redacción era impecable. Y me sorprendió que una prostituta tuviese tan buena cultura. En unas décimas de segundo pensé en la mala suerte que tenían algunas personas, porque Nora escribía mejor que la secretaria de mi empresa, ya que no había escrito donde cometiera varias faltas de ortografía.

«¿Cuánto tiempo hace que no lo veis?».

«Tres semanas».

Tres semanas era el tiempo que hacía que Natalia y ese tipo habían fallecido en el interior del Ford Ka. Luego Natalia iba en compañía de su chulo cuando los atrapó la muerte. Luego ahora ya podía estar seguro de que ese tipo que murió aplastado junto a ella era el tal 'Turco'.

«Si sabes algo, me dices», escribió antes de cortar la comunicación.

Supuse que habría otro cliente esperando y que la mensajería de internet la utilizaría para contactar con ellos.

Durante un rato me entretuve, por puro divertimento, en abrir los mensajes que iba recibiendo el perfil de Natasha y me reía con las proposiciones que le hacían a una muerta. Estuve tentado en responder uno a uno y escribirles la primera barbaridad que se me pasase por la cabeza en ese momento. Alguno le podría poner que era su esposa y que estaba leyendo todo lo que escribía o cosas de ese estilo. No sé por qué me dio por pensar que la mayoría de los clientes de esas chicas son hombres casados.

Capítulo 14

El viernes por la tarde me fui caminando hasta la Puerta del Sol. Había entrado el mes de marzo y esa tarde hacía un frío soportable. El recuerdo de Natalia se comenzó a desvanecer levemente, máxime cuando tuve conocimiento de que era una prostituta. Me sentí engañado y despechado, por lo que acondicioné mi pensamiento para que su muerte estuviera justificada. Para completar el círculo de mi deslealtad hacia ella, solo me quedaba hacer una última comprobación.

Esperé seis o siete minutos en la parada del autobús hasta que se paró justo enfrente de mi jeta. A través de la ventana vi el enorme cabezón del conductor que mantenía el rictus serio al estilo de un gánster de película. Subí la escalinata y me planté frente a él.

—Me gustaría hablar con usted —le dije.

Él levantó una ensortijada mano llena de anillos mientras chasqueaba el sonido metálico de varias pulseras que se removían en su muñeca. Me señaló, sin hablar, un letrero que había enganchado en la luna delantera:

«Prohibido hablar con el conductor».

—Bueno, tampoco quería hablar aquí —me disculpé—. Es sobre una pasajera que sube a este autobús habitualmente. Subía —corregí.

Él me volvió a señalar el letrero por segunda vez.

—No me toque los cojones —escupí con rabia.

—¿Es usted policía?

—No. —Negué con la cabeza.

—¿Y por qué tengo que hablar con usted si no es policía?

—Soy... Era amigo de la pasajera por la que le quiero preguntar.

—A la policía ya les conté todo lo que sabía sobre esa chica.

O sea que la policía sí que investigó el accidente. Luego sospechan que no fue un accidente. Todos esos pensamientos me asaltaban mientras conversaba con el conductor tratando de recabar más información de la que me estaba aportando.

—¿Todo lo que sabía sobre qué? —pregunté.

—Vamos a ver, señor, no pretenderá que le cuente a usted lo mismo que le conté a la policía.

—Me deja pasar, joven. —Sentí que me empujaba una señora desde atrás.

—Sí, claro, pase y siéntese de una puta vez —amonesté colérico.

—Oiga —me dijo el conductor—, si no se comporta llamaré a la policía.

—Volveré —dije a lo Terminator antes de bajarme del autobús.

El tío cerró la puerta y me ofreció su expresión más dura.

Recordé que en el sistema de reparto de paquetes a particulares, cuando el destinatario era un conductor de autobús, el repartidor solía dejarle el paquete en la cochera, donde el vigilante de la empresa municipal lo recogía en su nombre. Entonces, en ese mismo recuerdo, supe que en algún momento a lo largo del día ese conductor tenía que aparcar el autobús. Seguramente no obré bien y asaltarlo mientras estaba trabajando no era la mejor forma de extraer la información que estaba buscando.

Llamé por teléfono a Sonia, una compañera de la línea tres de distribución, para que me informara si sabía en qué cochera aparcaba el bus de la línea 7, según leí antes de bajar. Ella, muy solícita, me facilitó la dirección, que por estar lejos de allí necesité un taxi para llegar antes de que lo hiciera el bus. Sabía que si tenía buen tacto, ese hombre accedería a mi petición y respondería a unas cuantas preguntas que tenía para él. Vi en sus ojos que estaba dispuesto a colaborar.

El taxi me dejó frente a la cochera justo cuando el autobús entraba dentro. Me esperé en la

puerta a que el conductor saliera, algo que hizo en unos diez minutos. Lo sorprendí cuando se estaba encendiendo un cigarrillo.

—Otra vez usted —masculló entre dientes.

—Solo un par de preguntas y no le molestaré nunca más. Le aseguro que ni siquiera volverá a verme.

Balanceó la barbilla mientras exhalaba una bocanada de humo de su boca.

—¿La conocía?

—Esa chica llevaba varias semanas subiendo al autobús en la misma parada —respondió—. Lo que hacía no está prohibido —añadió—. Pero a mí personalmente no me gusta.

—¿Hacer?

—Sí, lo de contactar con clientes utilizando el transporte público.

Respiré hondo para no montar en cólera.

—¿Clientes?

—Sí, supuse que usted lo sabía cuando contactó con ella. Natalia era una prostituta de vagón, como las conocemos nosotros. Sube al autobús cada día a la misma hora, cuando los ejecutivos de la zona comercial se retiran a sus casas. Contacta con ellos en el asiento y les ofrece sus servicios. Se marcha con los que aceptan. Las que son como ella suelen hacer el mismo recorrido durante unas semanas hasta que ya son reconocidas, entonces cambian de autobús y de itinerario. Esta, la que contactó con usted, tenía mucha clase.

Respiré tres veces, como había leído en un manual de control de la ansiedad. Ya sabía que Natalia era una prostituta y ya sabía por qué contactó conmigo. Para ella no era más que un cliente. El conductor debió detectar en la expresión de mi rostro cierta conmoción que quiso rebajar con su siguiente comentario.

—Si le sirve de consuelo, le diré que desde que comenzó a salir con usted nunca más se bajó con otro cliente. De hecho, ella solo se subía en mi autobús para esperar hasta que usted llegase.

—Entiendo. —Acepté su explicación. No me sirvió de consuelo, pero comprendí que para Natalia yo era alguien especial—. Hay una cosa que no entiendo —mantuve la conversación—. Y es referente a la parada donde ella se bajaba. ¿Sabe por qué siempre lo hacía en el mismo lugar?

Con esta última cuestión buscaba averiguar si Natalia vivía en ese barrio. En algún sitio tenía que vivir, me dije.

—Se bajaba en el mismo sitio porque es donde está el hotel a donde llevaba a los clientes.

—¿Un hotel?

—Sí, un hotel. —Me miró consternado mientras repetía mi pregunta.

Claro, por eso no quería que la siguiera cuando nos despedíamos en la esquina de la calle, porque se dirigía a un hotel. ¿Un hotel?

—¿Sabe qué hotel era?

—Sí, pero le rogaría que no comentara con nadie esta conversación —me suplicó con expresión de cordero camino del matadero—. Ni siquiera le di esa información a la policía. Es un hotel muy conocido y esa gente es poco recomendable.

—Seré una tumba —afirmé tratando de ser convincente.

—El hotel se llama Candelaria y está...

—No es necesario que me diga dónde está, gracias. —En los últimos días había pasado al menos una docena de veces por delante de ese hotel buscando el piso de Natalia—. Hotel Candelaria —repetí en un murmullo apesadumbrado.

Capítulo 15

—Tu madre y yo queremos hablar contigo —me dijo mi padre acodado en la nevera de la cocina.

Yo sostenía en la mano una botella de zumo de naranja recién exprimido que mi madre adquiría día sí y día no en un comercio del barrio.

—Claro —les dije—. Yo siempre estoy dispuesto a hablar con vosotros de lo que sea.

—Nos tienes preocupados —habló mi padre. Mi madre cabeceó como un perrito de esos que viajan en la bandeja trasera de los coches—. Es muy triste todo lo que te ha ocurrido y no creas que nosotros somos ajenos a ello. Es terrible que la gente muera, tal y como ocurrió con Natalia. Es lamentable que la vida, siempre cruel, se lleve de nuestro lado a los seres que queremos.

—Lo sabemos —intervino mi madre—, porque no hay nadie en el mundo ajeno al significado de perder un ser querido. Es ley de vida, lo que no quiere decir que sea una ley justa. Pero es ley, y por ese motivo tenemos que aceptarlo.

Yo me limité a propinar pequeños e inapreciables sorbos a la botella que sostenía en la mano, como si las palabras de mis padres cayeran en saco roto. Estaba bien todo lo que me decían, pero eran palabras huecas, pues yo ya sabía que ellos tenían razón. Tenía que olvidar a Natalia y seguir con mi vida. No es que mi vida fuese mejor antes de conocerla a ella de lo que era ahora, pero no me quedaba más remedio que pasar página o ‘resetearme’ como si fuese un ordenador. Tenía que instalar un sistema operativo nuevo en mi cerebro y comenzar otra vez.

—Ya sabes que si necesitas cualquier cosa siempre estaremos a tu lado —concluyó mi madre.

Me zambullí en el silencio y la seguridad de mi habitación. Era terrible observar el ordenador portátil de Natalia, porque significaba que un recuerdo dinámico de ella planeaba sobre mi existencia como un mal fallo del que no te puedes desprender. Ese portátil era Natalia, porque era la conexión con su pasado. Percibir la presencia del ordenador significaba que su pasado y su esencia se mantenía allí, conmigo. Pero también era una pieza fundamental que me ayudaría a recomponer el puzle que fue su vida y comprender por qué una tía de bandera como ella se había encaprichado de un pelagatos como yo.

«Nora. ¿Estás ahí?».

«...».

«Nora, si estás ahí responde por favor». «Necesito hablar contigo».

«Hola, Natasha». «¿Qué ocurre?»

«¿Puedes hablar?»». «Quiero decir: escribir».

«Acabo de terminar con un cliente». «Dispongo de unos minutos hasta que entre el siguiente».

«¿Qué pasa?»

«No lo sé, estoy pasando por un mal momento». «Tengo miedo y no sé a quién recurrir». «Supongo que tú eres mi amiga».

«Claro que soy tu amiga». «No sé cómo puedes dudar de ello, después de los años que hace que nos conocemos y de lo que hemos pasado juntas». «Te noto distinta».

«Lo siento, estoy muy melancólico..., melancólica». «Estos días no sé qué me ocurre, la verdad».

«¿Es por ese chico?»». «¿Por Sabino?»

«Ah, sí. Sabino». «Es el que me enturbia».

«¿Te enturbia?»». «¿Qué es eso».

«Disculpa». «Quiero decir que me trae loca».

«Es lo que tiene el amor». «Ya te dije que en nuestro oficio no nos podemos enamorar». «Ya te

advertí que el amor es una inconveniencia que no nos podemos permitir».

«No te hice caso». «Nunca hago caso a nadie».

«Nunca lo haces». «Recuerdo que cuando me comentaste que te habías enamorado de un chico te dije que te alejaras».

«...».

«¿Natasha?»

«Disculpa». «Estaba pensativo..., pensativa». «Estoy tan nerviosa que no atino con el teclado».

«Lo mejor es que nos veamos».

«...».

«Nos podríamos ver y conversar como hacíamos antes de que el Turco se metiera en nuestras vidas». «Como cuando éramos unas niñas, allí en la madre patria».

«Menudo cabrón el Turco ese».

«Hablas como si no lo conocieras». «¿Estás bien?».

«Muy bien». «Ese chico, Sabino, me ha transformado».

«Ya te dije que lo haría, por eso tienes que dejarlo». «El Turco no permitirá que él sepa quién eres y a qué te dedicas». «Antes de dejar que ese niño sepa quién eres, será capaz de cualquier cosa».

«¿De cualquier cosa?».

«Incluso de matarlo».

Mis manos se quedaron levitando sobre el teclado, incapaces de articular ningún movimiento. La conversación con Nora me estaba dejando en un estado de letargo y terror que impedía que pudiera mover ni un dedo. Cada vez comprendía más cosas que hacían que me estremeciera. Y cada vez tenía más miedo.

Mientras el cursor parpadeaba, a la espera de que yo siguiera escribiendo, me entretuve en buscar alguna función que me permitiera guardar la conversación. Almacenar todo lo que Nora me estaba contando sobre el Turco me serviría, en caso de necesidad, para demostrar ante la policía que quizá el accidente en la carretera entre Madrid y Ávila no fue un accidente.

«Atiende, Nora». «¿Sabes dónde está el Turco?».

«...».

«¿Nora?».

«...».

«¡¡¡Nora!!!».

«¿Quién eres?».

«Natalia». «Natalia Sánchez, tu amiga».

«Tú no eres Natasha».

«¿Por qué dices eso?».

«Porque Natasha nunca se llamaba a sí misma Natalia cuando hablaba conmigo».

«Sí que soy yo, Natasha». «Lo que pasa es que interpreto mi papel tan bien que hasta escribiendo asumo que soy ella».

«Tú no eres Natasha».

Escribió antes de cortar la comunicación.

Capítulo 16

Los primeros días de estrenar el Ford Ka viajamos hasta Toledo. Lo de estrenar es una forma de hablar, porque el Ka tenía más años que *Matusalén*. Era invierno profundo y en el interior del coche hacía más frío que en la calle. Circulábamos por la variante que nos escupía desde Madrid hacia las afueras a una velocidad vertiginosa, a todo lo que el Ford daba de sí. No era mucho para un coche normal, pero sí para ese coche. Mientras Natalia conducía, yo memorizaba cada uno de los pliegues de su perfil. La observé entrecortada mientras las siluetas de las farolas se dibujaban y desdibujaban en su rostro. Podía sentir cada uno de los tornillos y engranajes del coche que se deshacía bajo nuestros pies como un universo que se vertebra del origen que le dio la vida. Era tan feliz que temía que esa felicidad fuese fugaz, como una llamarada en una hoguera a la que se le acaban los troncos que la mantiene viva. Sentía como si el destino me dijera que la distancia entre esos momentos y los sueños era insignificante. No había equidistancia entre estar y ser, entre pensar y creer, entre vivir y morir. Natalia estaba allí, envuelta en su aureola de misterio. Conducía mientras balanceaba en sus labios un cigarrillo como si fuese un camionero a punto de entregar un paquete. De vez en cuando torcía su grácil cuello y me miraba de reojo. Sonreía, le propinaba una calada al cigarrillo, y soltaba el humo que se inflaba en el habitáculo del coche obligando a que yo tuviese que entrecerrar los ojos.

El rótulo en la carretera indicó que estábamos entrando en Toledo. Natalia me dijo que a ella le había dicho un amigo de un amigo que en Toledo había un restaurante donde preparaban el mejor chuletón del mundo. Ella siempre era misteriosa hablando y nunca, que recuerde, mencionaba el nombre de sus amistades.

—Creo que es aquí —habló mientras aminoraba la marcha—. Sí, aquí es —se confirmó ella misma mientras arrojaba el cigarrillo por una pequeña abertura de su ventanilla. La última bocanada de humo sumergió el interior del Ford Ka en una lobreguez espantosa.

Los faros alumbraron la puerta de una casa vieja, incluso deslucida. En la puerta se podía leer el nombre del restaurante:

«Casa Bartolo».

—Así que Bartolo no solo tenía una flauta, sino que también tenía una casa —dije en voz alta.

Ella no captó la ironía, o hizo ver que no la había captado. Seguramente sería la única persona en el mundo que no conocía la canción de Bartolo. Se limitó a mirarme con inquietud, como si estuviera procesando mi comentario y tratase de hallar una explicación. Finalmente me preguntó:

—¿Conoces a Bartolo?

—No. Es una canción infantil.

—¿Una canción sobre Bartolo, el de este restaurante?

—No. Sobre otro Bartolo, el de la canción.

Y entonces comencé a recitar la canción:

—Bartolo tenía una flauta con un agujero solo y a todos daba la lata con la flauta de Bartolo. Bartolo tenía una flauta con dos agujeros solo y a todos daba la lata con la flauta de Bartolo. Y así todo el rato.

—Menuda estupidez de canción —me reprochó.

—Ya te he dicho que es una canción infantil —me defendí.

Fue la primera vez que la percibí enojada conmigo.

—Entiendo —suspiró.

Aparcó el coche en la misma puerta del restaurante, frente al rótulo. E hizo bien, porque seguramente estaríamos a diez grados bajo cero. Salimos del coche y caminamos ligeros hasta entrar en el local. En ese momento percibí que mi abrigo apestaba a tabaco. Era el efecto de viajar en un espacio tan reducido y con Natalia fumando un cigarrillo detrás de otro.

—Tenemos una mesa reservada para dos —dijo nada más traspasar la puerta.

El que nos atendió era un hombre de unos cuarenta años, bastante atractivo, de rasgos agitanados que ondeaba una larga melena que le caía a plomo en unos hombros berroqueños. En ambas orejas llevaba incrustados unos pendientes de botón que a todas luces eran de oro. Recuerdo que nunca antes había contemplado una barba tan bien arreglada y recortada. Incluso pensé que esa barba estaba dibujada sobre su tez morena. Lo que sí presentí es un cierto anacronismo en que alguien con aspecto de pirata del Caribe nos atendiera en un asador.

—¿Dígame el nombre de la reserva? —Consultó cogiendo una libreta tamaño cuartilla que extrajo de debajo de un mostrador de madera.

—Natalia Sánchez —respondió quitándose el abrigo.

El hombre resbaló el dedo índice, donde había una uña de guitarrista, por una larga lista de nombres.

—Sí, síganme —dijo a continuación mientras alargaba los brazos para coger el abrigo de Natalia.

Yo hice el ademán de quitarme mi chaqueta para entregársela, pero cuando conseguí desenroscarla de mis hombros, él y Natalia ya habían iniciado el trayecto hacia el comedor. Nos colocamos detrás y caminamos por un patio interior bordeado por vasijas de arcilla tan grandes que cabía una persona de pie en el interior de cada una de ellas. Enseguida llegamos a un comedor de unas doce mesas, las cuales estaban todas ocupadas a excepción de un par. Supe que una de esas mesas era para nosotros.

Mientras transitamos por el local hasta llegar a la nuestra, me percaté de que algunos hombres observaban con disimulo a Natalia. Portaba un vestido de color indeterminado que lo mismo podía ser color hueso, como color carne. Ese día se había calzado con unos tacones tan altos que creo que alcanzaría el metro ochenta y cinco con toda seguridad. La falda del vestido le llegaba por encima de la rodilla, lo que mostraba unas elegantes y estilizadas piernas. Incluso una mujer de nuestra edad, que estaba en una mesa del rincón, bajo una rueda de carro que colgaba de la pared de piedra, la miró con un aire entre envidia y admiración.

—Su mesa —dijo el camarero mientras retiraba la silla donde se iba a sentar Natalia y entregaba su abrigo que cobijaba en su brazo a una chica joven de no más de veinte años.

El resto de clientes se silenciaron mientras Natalia y yo nos sentábamos. Ese era su misterio, el de atrapar la atención de todo el que estuviese a su alrededor.

Capítulo 17

—¿Has estado aquí alguna vez? —Le pregunté.

—Es la primera y supongo que no será la última.

Mientras me respondía sacó el paquete de tabaco y lo dejó sobre la mesa, pese a que sabía que allí estaba prohibido fumar.

—Me encanta este sitio. Está revestido de..., como te diría, de solera.

—Me han dicho que aquí preparan la mejor carne del mundo —me dijo mientras toqueteaba inquieta el paquete de tabaco, volteándolo.

No se lo pregunté, pero ese día la percibí nerviosa como si algo le preocupara. Tan solo hacía unas semanas que había comenzado a trabajar en la cafetería de la plaza Colón y quise invitarla a cenar y le ofrecí que escogiera ella el lugar. El porqué eligió ese restaurante y no otro es algo que nunca sabré. Supongo que lo hizo para impresionarme, porque en Madrid hay restaurantes para aburrir. Pero con el paso del tiempo he llegado a pensar que lo hizo para estar el mínimo tiempo posible en lugares donde podrían reconocerla.

La chica que le cogió el abrigo a Natalia se acercó hasta nuestra mesa y nos dijo que el menú de la casa era único y que nosotros solo teníamos que escoger el plato principal. Y nos dejó una carta sobre la mesa.

Natalia abrió la carta, pero sin cogerla de la mesa. Le echó un rápido vistazo y luego me agarró la mano y me lanzó una sonrisa cargada de encanto.

—Eres una persona maravillosa —me dijo.

Yo me quedé mirándola con cara de bobo.

—¿Han decidido ya? —nos preguntó el mismo camarero que nos atendió a nuestra llegada.

—Sí. Yo quiero un entrecot de ternera —habló ella sin ni siquiera ojear la carta.

—¿Muy hecho o poco hecho?

—Poco. Que sangre, pero que no respire.

—¿Alguna cosa más?

—Eso es todo —rechazó—. Si me quedo con hambre ya le pediré algo más.

—¿Y el señor?

—Lo mismo, pero a mí muy hecho. Que esté bien muerto —forcé una mueca que quiso ser una sonrisa, pero se quedó a medio camino.

Luego el camarero se deshizo en explicarnos que el primero consistía en una serie de aperitivos que iría repartiendo sobre la mesa y se fundamentaban en embutido, queso, aceite, gambas y fritos especiales de la zona.

Nosotros cabeceamos dando el consentimiento a todo lo que él decía. Yo en ese momento solo pensaba en el trastero donde acabaríamos la velada.

Entre los aperitivos y los entrecots se acercó hasta nuestra mesa una señora de unos cincuenta años, muy elegante y con una piel fina que demostraba que de joven tuvo que ser increíblemente hermosa. Enseguida supimos que era la dueña o la mujer del dueño. Y puesto que el restaurante se llamaba Casa Bartolo, sonreí por dentro con la ocurrencia de que esa mujer se llamara 'Bartola'.

—¿Todo está a su gusto, señores? —Preguntó con una voz dulce y ligeramente afónica.

—Perfecto —respondí yo.

—Todo muy bien —dijo Natalia.

—¿Son ustedes de aquí?

—De Madrid —contesté enseguida.

—¿Y usted? —Se dirigió a Natalia.

—También.

La mujer arrugó los labios con un gracejo que nos indicó que esa señora tenía mucha mundología.

—Usted sí que es de Madrid —dijo dirigiéndose a mí—. Su acento es indiscutible. Pero usted no es de aquí —apuntó a Natalia con su perfilada barbilla.

Natalia no puedo disimular cierta incomodidad.

—¿A qué se refiere?

—Es usted de..., a ver, déjeme pensar —dijo como si se tratara de un juego—. Es usted de un país del este de Europa.

Creo que es la primera vez que atisbé a Natalia turbada. No pareció gustarle lo que la dueña del restaurante insinuó. Y lo rechazó de inmediato.

—Pues se equivoca —dijo—. Soy española y muy española. Quizá —argumentó como pretexto—, el hecho de trabajar de cara al público —no especificó dónde—, haya conseguido que mi acento sea internacional. Y también haya tenido que ver que hablo varios idiomas. Ya sabe que los que dominamos varios idiomas acabamos por no tener un acento concreto —explicó.

Yo la miraba abobado y pensando qué habría visto en mí una mujer tan fascinante. Y le admitía todas esas mentiras que iba dejando a su paso. De hecho, a Natalia le hubiera tolerado cualquier cosa.

En mi recuerdo prevalece que ese día cenamos francamente bien.

Capítulo 18

El hotel Candelaria está ubicado a unos trescientos metros de la parada del autobús donde siempre se bajaba Natalia. Es un hotel antiguo, pero reformado. Antes de conocer a Natalia ya había oído hablar de ese hotel; aunque nunca me alojé allí. Pero en mi búsqueda infructuosa, en las horas siguientes a su desaparición, hasta que supe que había fallecido en el accidente de coche, pasé varias veces por delante. Su vestíbulo era muy luminoso y se podía ver desde la calle a través de una enorme cristalera decorada con motivos florales. En el mostrador de recepción siempre había dos chicas altas, guapas y ambas llevaban el pelo recogido en una trenza por detrás de la nuca. A las dos se las percibía muy esclavas.

Antes de entrar me dediqué a dar largos y prolongados paseos por los alrededores con intención de rebajar mi nivel de ansiedad. En la calle había mucho coche de gran cilindrada y mucho tipo trajeado y mucha mujer elegante. Pasé varias veces por la esquina donde nos despedíamos cuando Natalia se sumergía en la calle y se alejaba como un buque que se pierde en el horizonte. Tuve un arrebató de lloriqueo que reprimí enseguida para no ofrecer el espectáculo lamentable de un hombre llorando en medio de la calle.

Me detuve en la esquina y observé la avenida en toda su extensión. Recreé la espalda de Natalia caminando mientras se desvanecía de mi memoria de la misma manera que se desvanece un sueño al despertar. Había un inquietante y reconfortante vaho que teñía los cristales de los coches. Me pregunté varias veces por qué ella no quería que la acompañara hasta el hotel. Era un hotel y en los hoteles se duerme y se hace el amor. Me lo pregunté varias veces porque no comprendía por qué ella prefirió que hiciéramos el amor en el incómodo trastero en vez de hacerlo en una mullida cama de hotel. En su cama. Había dos explicaciones posibles: una buena y una mala. La buena es que ella no quería que yo supiera que era una prostituta, algo que detectaría si accedía al hotel en su compañía. La mala era que no estaba sola en la habitación del hotel y por eso no quería que la acompañase. Las dos explicaciones, tanto la buena como la mala, pasaban porque ella era una prostituta. Con el tiempo comprendí que yo ya lo sabía antes incluso de que ella desapareciera, pero en cierta manera mi subconsciente se esforzaba por no reconocerlo. Al igual que obviaba su acento y me creí eso de que se llamaba Natalia Sánchez y que estuvo en muchos sitios y por eso su acento era una mezcla de idiomas.

Me esperé unos agotadores segundos en la esquina más próxima del hotel, hasta que en el vestíbulo no hubiera ningún cliente. Aproveché para acceder en el momento que una de aquellas esclavas salió de detrás del mostrador y crucé la puerta giratoria y me planté ante la chica que quedaba, dibujando un rostro de fiereza y enfado.

—Buenas tardes —saludé—. Necesito información sobre una de sus huéspedes.

Ella me miró explorando mi rostro. Yo esperé unas décimas de segundo para que pensara que yo era lo que quería que ella pensara que yo era: un policía.

—Ya facilitamos diariamente la ficha de nuestros clientes a la policía —dijo.

Yo sabía, porque me lo había dicho un repartidor de mi empresa, bastante putero, por cierto, que los hoteles estaban obligados por ley a entregar diariamente un listado a la policía de los clientes que se alojaban. En ese listado adjuntaban una fotocopia del documento y los datos personales del cliente. Así la policía comprobaba cada día elementos terroristas, mafias o sujetos peligrosos para la seguridad nacional.

—Sí —acepté su excusa—. Pero necesito una información puntual ahora mismo. Es de vital importancia. —Insistí.

Ella se desplazó un metro a su derecha hasta colocarse delante del monitor del ordenador.

—¿Nombre?

—Natalia Sánchez.

—¿Segundo apellido?

En ese momento tuve una especie de conmoción. Ciertamente desconocía el segundo apellido de Natalia, detalle que ya me pasó cuando hablé con la policía. Y no lo desconocía porque no lo recordara, sino que lo desconocía porque nunca me lo dijo. Jamás habíamos mentado ni por casualidad su segundo apellido. Natalia Sánchez y nada más. Incluso el Ford Ka lo puso a mi nombre, porque dijo que de esa forma evitaba problemas legales. Y el portátil.

—¿A qué problemas legales se refería?

Fui un necio, lo reconozco. Pero estaba tan colado por ella que no me importó ninguna de las mentiras que fue soltando como suelta un calamar tinta para confundir a un depredador. Si era española tenía que tener forzosamente un segundo apellido. ¿Natalia Sánchez y qué más?

Capítulo 19

—Es una chica muy alta —le dije para más señas.

—Aquí todas lo son —respondió la esclava sin perder la sonrisa.

—Suele ir vestida con un vestido de color hueso muy elegante.

—Aquí todas llevan vestidos elegantes —volvió a sonreír.

—Tiene un Ford Ka —le dije.

Ese dato era importante porque meter a Natalia dentro de ese coche era una tarea complicada por el tamaño del coche y por el tamaño de ella, ya que recuerdo que encogía las rodillas como podía mientras lo conducía.

La esclava balanceó la cabeza negando. Lo del Ford Ka tampoco le había hecho recordar a Natalia. Francamente pienso que ni siquiera sabía a qué coche me estaba refiriendo.

—Si no me da más datos, agente, no podré ayudarle. En este hotel se alojan muchos clientes y, como le he dicho, mis jefes ya facilitan las fichas a la policía. Como ordena la ley.

Debo confesar que cuando dijo ‘mis jefes’ me acojoné. Imaginé que sus jefes eran todos esos hombres trajeados que circulaban en esos impresionantes coches que casi no cabían en la calle. El aspecto de sus miradas indicaba que si sospecharan que yo estaba investigando por mi cuenta la desaparición de una de sus chicas, tendría serios problemas.

—Está bien —bajé la voz cuando vi entrar a una pareja por la puerta giratoria—. Es una protegida del Turco —eché toda la carne en el asador.

Ella me miró conteniendo una sonrisa sardónica. En ningún momento me solicitó que me identificara, por lo que se creyó a pies juntillas que yo era policía. En otro caso era imposible que estuviese conversando conmigo al mismo tiempo que me facilitaba tanta información.

En un par de ocasiones levantó sus hermosos ojos azules por encima de mi cabeza y miró hacia la puerta, por donde había salido su compañera antes de que yo entrara. Supongo que la otra chica no vería bien su predisposición a colaborar con la policía. O sea, yo.

Se tocó la trenza que resbalaba por su nuca y tecleó unas cuantas veces el teclado. Arrugó los labios y giró levemente el monitor para que yo pudiera contemplar la pantalla.

—¿Es ella? —me preguntó mostrando una fotografía en el ordenador.

En la fotografía se veía a Natalia sentada en una mesa de un restaurante mientras sonría a la cámara. La instantánea estaba recortada para que no se viera a su acompañante.

—Sí. Es ella —espiré.

—Así no me extraña que no supiera de quién me estaba hablando. Esa chica no se llama Natalia Sánchez, como usted me ha dicho. ¿Está seguro de que es usted policía?

Me imaginé que en algún momento me haría esa pregunta, por lo que me metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué mi cartera, abriéndola y mostrando el carné de la empresa.

—Le he mentado —le dije ofreciendo sinceridad—. En realidad pertenezco al servicio secreto. Este es nuestro carné —le dije.

Ella miró con rostro consternado. Tal y como me figuré nunca había visto un carné del servicio secreto español. Vamos, ni yo. Pero esa baza me sirvió para que me creyera y asintiera en aportarme la información que requería. Precisamente en mi empresa siempre habíamos bromeado los empleados con que el carné de empleado se parecía mucho a los del CNI.

—Esta chica —señaló la imagen del monitor—, se llama *Natasha Kuznetsova*.

—Natasha Kuznetsova —repetí sin conseguir pronunciarlo bien.

—Así es. Y tiene usted razón al pensar que se aloja en este hotel. Pero hace casi tres semanas que no sabemos nada de ella. Pregunte al Turco, él sabrá darle más datos.

Después de su último comentario emitió una inapreciable sonrisa cínica que en su bello rostro no encajaba bien.

—Ya, ya. —El Turco poco podía decirme, porque estaba pulverizado por ahí. Pero había conseguido avanzar más en el vestíbulo de ese hotel que en cualquier otra parte.

Estaba despidiéndome de la recepcionista cuando vi salir a una chica casi tan alta como ella, igual de elegante, e igual de guapa. En la puerta la esperaba un coche de gran cilindrada con los cristales tintados. A pesar de que solo la miré un momento, de refilón, pude distinguir de quién se trataba.

—Nora —murmuré en voz baja.

Capítulo 20

—Hay que joderse —me dije de camino a mi casa.

Resulta que Natalia Sánchez en realidad es Natasha Kuznetsova, por lo que la dueña del restaurante Casa Bartolo tenía razón cuando detectó que ella tenía acento de algún país del este de Europa. Ahora todo estaba comenzando a cuadrar y tomar forma y cuerpo.

Pensé en acudir a la policía nacional con el cuento del novio despechado que se entera que su novia es una prostituta. Pero que no ejerce por propia voluntad, sino que la obligan. Y que probablemente el accidente de tráfico no fue un accidente de tráfico, sino que fue un asesinato. Y el motivo fue porque ella me quería proteger de ellos, que no sé quiénes son, pero me querían quitar de en medio porque ella quería dejarles por mí, porque se había enamorado.

—El amor que todo lo puede —proferí antes de echarme a llorar en medio de la calle.

Lloré de pura rabia. Supe que la policía no me iba a creer. No me iba a hacer caso. Y ni siquiera me iba a escuchar. Para comenzar creo que mi esfuerzo consistiría en convencerles de que una belleza como Natasha se hubiera fijado en mí.

Cuando llegué al piso de mis padres, mi madre estaba en el salón viendo una serie de esas de sobremesa donde todo el mundo es feliz y las chicas son bellas y los hombres muy machos.

—¿Qué tal te ha ido el trabajo? —me preguntó.

—El trabajo —repetí despacio. Fue una buena pregunta porque en ese instante recordé que no había ido a trabajar. Saqué el teléfono móvil de mi bolsillo y comprobé que lo tenía en silencio y por eso no había escuchado la decena de llamadas de la empresa reclamando que fuese a trabajar—. Bien. El trabajo muy bien, mamá.

Mi madre me miró con ojos de desesperanza. Qué cojones, era una madre y ellas siempre saben cuando un hijo miente.

—Te han llamado de la empresa varias veces —me dijo mirándome fijamente a los ojos, esperando el momento en que me derrotara y dejara de mentir.

—¿Han llamado aquí?

—Sí. Ya les he dicho que no sabía dónde estabas.

—Pues estaba allí, en la empresa. Seguramente el encargado habrá mirado hacia mi mesa en algún momento que me he ausentado para ir al baño. Hoy tengo diarrea —dije tocándome la tripa para ofrecer credibilidad.

—¿Ocurre algo, hijo?

Como no sabía ni por dónde empezar, decidí ni siquiera empezar. Cómo le iba a explicar a mi madre que esa chica que venía a casa y que ellos decían que era mi novia, en realidad era una prostituta que ni siquiera se llamaba Natalia Sánchez, sino que se llamaba Natasha Kuznetsova. Anda, explícale eso a una madre que se pasa el día encerrada en la cocina llorando con cualquier excusa. El asunto de la novia que murió la hizo llorar mucho. Pero si encima supiera la verdad, entonces lloraría durante toda la eternidad. Una madre lo comprende y lo tolera y lo encaja y lo disculpa todo. Una madre, es el mejor consejero que puede tener alguien como yo. Pero una madre, también, es la representación más excelsa de la cordura. Una madre no comprendería que su hijo se hubiera liado con una prostituta y ahora, después de su muerte, yo tratara de aclarar por qué, cómo, y por quién murió, como si fuera un galán medieval vengando la afrenta de mi princesa.

—Me voy a mi cuarto —le dije como respuesta—. Estoy bien, mamá. Solo que esta migraña me está matando.

—¿Pero no era diarrea?

—Diarrea. Migraña. Qué más da, mamá. Todo es una mierda.

Cuando entré en mi habitación tuve un arrebato de coger el ordenador portátil y arrojarlo por la ventana. Y si caía encima de un ruso, mejor que mejor. Luego, más calmado, recapacité y me di cuenta de que tenía que tomarme las cosas como son, sin aspavientos ni exageraciones. Lo único que me importaba de toda esa mierda era mi relación con Natalia. Conocerla fue circunstancial y casual.

Me subí a ese autobús porque me tenía que subir.

La vi y me senté a su lado porque tenía que verla y sentarme a su lado.

Algo cambió entre los dos. Algo debió ver ella en mí. ¿Quién sabe? Nos sonreímos. Conversamos. Nos caímos bien. Yo vi el amor, la belleza y la suerte de estar con una mujer como ella. Ella vio la estabilidad, la amistad y la sinceridad. Los dos nos vimos con los ojos del corazón. Fin del cuento. Fin de la historia.

Desconecté el portátil de la corriente eléctrica y sentí como si fuese un robot al que se le estuviera desconectando de la existencia. Una inteligencia que se mezclaba con el universo que la vio crecer. Aquel portátil era el único nexo de unión entre Natalia y yo. Entre mi pasado y mi futuro. Entre la vida y la muerte. Fuese lo que fuese lo que hubiera ocurrido, ahora ya no tenía ninguna importancia. Si ella me salvó de morir ejecutado por una banda de mafiosos y que mi cadáver formara parte de un determinado punto kilométrico de una carretera comarcal, era algo que ya me traía sin cuidado.

Antes de meter el portátil en una bolsa de viaje para llevarlo a una tienda de informática para que lo formatearan como si fuera nuevo, me dio por abrir una última vez la tapa. Era como si quisiera echar un último vistazo al pasado antes de perderlo para siempre.

La jodida ventana lateral derecha de la pantalla ascendió como si tuviese un resorte invisible que la activara cada vez que yo me asomaba a ella.

«Hola, Natasha». «¿Estás ahí?».

Capítulo 21

Me quedé embozado sin saber qué hacer mientras el cursor parpadeaba delante de mis ojos.
«¿Natasha?».

«...».

«Natasha, dime algo».

La última vez que conversamos a través de la mensajería de Facebook, Nora escribió que yo no era Natasha. Por lo que ahora no tenía sentido que iniciara el contacto llamándome Natasha. Seguramente ella era la que ahora no era Nora. En este jodido mundo de las redes sociales ya nadie es quién dice ser.

«Sí, estoy aquí», le seguí el juego.

«Me gustaría quedar contigo para hablar».

Sí, ya, pensé. Lo que quieres es quedar conmigo, seas quién seas, para meterme una paliza y arrojarme por un barranco.

«Ahora no puedo».

«Me han dicho que hace días que no vienes al hotel». «¿Ha ocurrido algo?».

«Han ocurrido muchas cosas».

«La recepcionista me ha dicho que ha venido un policía haciendo preguntas».

Joder. Si era Nora, que no lo sabía, al final había aceptado que yo era Natasha. Seguí manteniendo la conversación para saber por donde explotaría.

«Ya. La policía mete las narices en todo».

«Sigo pensando que tú no eres Natasha».

Lo sabía.

«¿Por qué piensas eso?».

«Porque no hablas como ella». «Quiero decir que no escribes como ella». «Por eso quiero verte para comprobar que eres tú».

«¿Qué quería ese policía?».

«No lo sé». «La recepcionista me ha dicho que solo ha preguntado por ti». «Quería saber dónde estás». «Ellos también me han preguntado dónde estás, pero no les he dicho nada». «¿Cuál es tu nombre?».

«¿Para qué quieres saberlo?».

«Para comprobar si tú eres Natasha o una impostora, o un impostor».

«Me llamo Natasha Kuznetsova», escribí despacio para estar seguro de que lo escribía bien.

«Lo sabes porque te lo ha dicho la recepcionista».

«Lo sé porque soy yo», me hice fuerte en mi mentira.

«¿Y yo?» «¿Cómo me llamo yo?».

«...».

«No lo sabes». «¿Verdad?».

«¿Podemos quedar en algún lugar seguro?».

Tenía que quedar con ella y jugármela si quería saber si esa chica era realmente amiga de Natalia. En un inicio me parecía sincera.

«¿Seguro, cómo?».

«Como un autobús».

«¿Un autobús?» «¿Quieres que nos veamos en un autobús?».

«El de la línea 7 que pasa cerca del hotel Candelaria, donde te alojas». «Donde nos alojamos».

«Conozco ese autobús, es donde trabajas». «¿Cuándo?».

El autobús donde trabajo, dice la tía. Miré mi reloj de pulsera y comprobé que eran las seis de la tarde. Había comenzado a anochecer y desde mi piso hasta esa parada podía llegar en menos de media hora a bordo de un taxi.

«Hoy».

«¿A qué hora?».

«A las ocho».

«Imposible. Dime otro día».

«Mañana».

«¿A qué hora?».

«A las ocho».

«Conforme», aceptó. «Mañana a las ocho en el autobús de la línea 7».

«¿Cómo sabes que no es una trampa?».

«Porque ahora sé quién eres». «No he caído en la cuenta esta mañana, pero ahora lo comprendo todo».

«¿Qué comprendes?».

«Esta mañana no he caído en quién eres cuando te he visto en la recepción del hotel». «Pero ahora te recuerdo, tú eres Sabino».

«¿Quién es Sabino?», traté de disimular.

«Viniste un día a recoger a Natalia a la cafetería donde trabaja». «Yo estaba en una mesa tomando un café y os vi». «Al día siguiente ella me dijo que tú eras su novio».

«¿Te lo dijo así?».

«¿A qué te refieres?».

«Si te lo dijo con esas palabras: ¿Su novio?».

«Para ella tú eres su novio».

Ella cortó la comunicación y yo cerré el portátil. Fue como si la vida se hubiera cerrado con el simple gesto de bajar la tapa de un ordenador.

Capítulo 22

Mi madre, siempre queriendo ayudar; aunque muchas veces no ayudaba en nada, había invitado a cenar por sorpresa a su hermana, la tía Rosa. La tía era once años más joven que mi madre. Rosa estuvo en la recogida furtiva de las cenizas de Natalia. Estuvo allí con nosotros hasta que todos se fueron y nos quedamos solos con nuestra desolación a cuestas. Luego nos acompañó al piso y acompañó con palabras de aliento a mi madre, mientras ella lloró en la cocina. Desde ese último día no la había visto y ahora tenía demasiadas cosas que contarle.

Cuando yo tenía doce años recuerdo que me había enamorado perdidamente de ella. Para mí, para un niño de esa edad que despunta su adolescencia más romántica, mi tía era todo bondad, amistad y belleza. Rosa siempre estuvo presente en mi infancia. Era como mi madre, pero en joven. Ella era ternura y comprensión, refugio de mis frustraciones cuando algo me iba mal. Me alegraba llegar a casa desde el colegio, después de soportar los insultos y abucheos de mis compañeros que se mofaban de mi nombre, de mi tez excesivamente blanca y de mi timidez. Ahora se utiliza un neologismo para todo eso que padecí cuando era pequeño, lo llaman «acoso escolar». Hallar a Rosa en el interior del piso de mis padres, sentada en el tresillo de escay, dejando al descubierto esas rodillas redondas que perfilaban unas piernas rectas con ausencia de manchas de varices, era alentador y mágico.

—Sabino, mira quién ha venido a verte. —Me dijo mi madre desde el pasillo frente a la puerta de mi habitación.

Supe que era Rosa antes de abrir la puerta y verla allí, de pie, inmóvil, aséptica, hermosa. Rosa había acudido a la llamada de mi madre cuando ella le dijo que yo estaba ausente. Rosa nunca me dejó en la estacada.

Mi padre había llegado hacía un rato. Se duchó bajo mandato de mi madre. Porque si no se duchaba recién llegado a casa, no le servía la cena. Se sentó esparcido en el sofá frente al televisor y, sin soltar el mando a distancia, se dedicó a cambiar de canal de manera impulsiva, sin detenerse en ningún canal en concreto.

Rosa y yo pasamos por delante. Mi madre se quedó en el salón, al lado de mi padre. Creo que los dos se cogieron la mano cuando mi tía y yo nos introdujimos en la cocina.

—Me duele verte así —me dijo—. Me duele verte sufrir, porque tú no mereces sufrir. Eres un buen chico, siempre lo dije. Y la gente buena no se merece sufrir, porque sufrir nos destruye, nos humilla y nos desprovee de cualquier atisbo de dignidad. Sé que lo superarás, porque no hay mal que cien años dure. Sé que nunca olvidarás a esa chica, pero aprenderás a sobrellevar su ausencia. Y sé que saldrás de esta, porque de todo se sale.

Yo la miré de soslayo, sin adentrarme en sus ojos profundos y abisales. No me atreví a mirarla directamente porque sabía que ella me consumiría con su asertividad. La tía Rosa no admitía un no como respuesta ni en los gestos ni en las palabras. Mirarla directamente era convertirse en una estatua de sal y soportar impasible su filosofía.

—Sufro mucho. Sufro porque han ocurrido cosas que me han hecho ver muchas cosas que antes no veía, que antes no quería ver.

Ella elevó la mirada esperando las pruebas de mi último comentario. Pero no había pasado ni una fracción de segundo cuando recapacité y supe que no podía decirle lo que había averiguado sobre Natalia. Decírselo significaba revivirlo, por lo que el dolor se incrementaría hasta límites insostenibles. Y no es porque mi tía no lo comprendiera, porque yo sabía que ella sí que entendería mis razones, sino porque no era oportuno embarcar en mi deterioro sentimental a más personas.

—Lo mejor, si quieres mi consejo —me dijo—, es que te vayas.
—¿Qué me vaya, a dónde?

—Un viaje es la mejor terapia para curarse del mal de amores.

—Yo no tengo mal de amores —me defendí—. Lo que tengo es intolerancia a la muerte por accidente.

—Lo siento —se disculpó—. Lo siento de veras, Sabino, pero es mal de amores cuando se pierde un amor. Y a ti te han arrebatado el amor de tu vida. Sé que lo era porque te conozco y he visto ese brillo que nunca vi en tus ojos. Y también lo vi en los de ella.

—No todo es lo que parece. No todo es como todos queremos que parezca que sea todo.
—Me hice un lío hablando, creo que ella pensó que había bebido—. Ya no estoy tan seguro de que ella, que no era ella, me quisiera.

—¿Qué quieres decir que no era ella?

Bajé la cabeza, consternado.

—Me engañó. Ella me engañó.

—¿No te quería?

—Sí, pero no. Sí que me quería, pero ella no era quién dijo que me quería.

Rosa sacó una silla de debajo de la mesa de la cocina y la acercó hasta mi culo para que yo tomara asiento.

—Tranquilízate —me dijo—. Tranquilízate que todo tiene arreglo menos...

—¿La muerte?

—Menos la muerte. Sí, pero los importantes no son los que se van. Los que se van, se van, sin más. Los importantes son los que se quedan, que son los que sufren, los que se mueren de verdad.

Creo que esa noche, en la cocina del piso de mis padres, los dos, mi tía Rosa y yo, nos morimos un poco más de lo que estábamos antes que Natasha entrara en nuestras vidas y se marchara como un mal sueño del que después solo queda el recuerdo.

Capítulo 23

Repasando los momentos que pasamos juntos, me di cuenta de que era difícil, por no decir imposible, que nadie de nuestro alrededor se hubiera percatado de que ella no era quién decía ser. Y no me refiero a cuándo compró el coche, que tuvo la habilidad de ponerlo a mi nombre, sino, y cito como ejemplo, cuando la contrataron para trabajar en la cafetería de la plaza Colón. Un contrato de trabajo requiere de unos datos fidedignos, por lo que ella no pudo dar un nombre falso. Al igual que la cuenta bancaria, donde su nombre, apellido y número de identificación de extranjero tendría que ser, a la fuerza, la correcta. Me era imposible aceptar que Natalia estuviera trabajando todo ese tiempo sin que nadie, absolutamente nadie, ni de la cafetería, ni del gestor que lleva los contratos de trabajo de la cafetería, ni del banco por donde cobraba la nómina, se hubieran dado cuenta de que ella no era ella.

Y es entonces cuando me asaltaron una serie de preguntas que nunca antes pasaron por mi cabeza.

«¿Dónde había trabajado antes de que yo la conociera?».

«¿De dónde era?».

«¿Dónde estaba su familia?».

«¿A dónde iba el día que la conocí en el autobús de la línea 7?».

Esa tarde decidí visitar su lugar de trabajo. El mundo, mi mundo, tal y como lo conocía, tal y como lo había concebido en los últimos meses, comenzaba a desmoronarse como un castillo de naipes azuzado por una tormenta tropical que amenazara con arrasar cualquier vestigio de mi existencia.

Buscaba sin saber qué estaba buscando.

Preguntaba sin saber por qué estaba preguntando.

Caminaba sin saber a dónde ir.

Iba sin saber que cada vez me estaba acercando más a donde no se vuelve.

Había iniciado un descenso hacia ninguna parte. Y lo peor es que en ese declive me estaba destruyendo a mí y estaba ahogando a mi familia. Mi madre se pasaba el día llorando, mientras mi padre se enfurecía con facilidad. Todo era una locura de la que no iba a salir hasta que no hallara la respuesta de por qué Natalia había muerto en ese accidente de tráfico. Yo ya sabía la respuesta, pero mi obsesión pasaba por verificar que todo había ocurrido tal y como yo creía que había ocurrido.

—Mira, Sabino —me dijo mi padre impidiéndome el paso desde la cocina al salón—, las cosas son como son y nosotros no podemos hacer nada por cambiarlas. Has de aceptar que esa chica...

—Natalia —lo interrumpí.

—Sí, claro, Natalia. Has de aceptar que Natalia ya no está y que nunca estará. Se fue, Sabino. Se fue y no ha sido culpa tuya ni ha sido culpa de nadie. La muerte determinó que había llegado su hora y fue a buscarla y la encontré.

Yo me quedé en silencio, observando los labios de mi padre mientras filosofaba. No estaba acostumbrado a que un camionero reflexionara sobre el devenir de nuestras vidas. Era mi padre y estaba aportando todo el peso de su entereza para transmitirme una serenidad que me confundió. Era mi padre y se desvivía por inculcarme que era mi padre y que estaría allí, bajo el marco de la puerta de la cocina, omnipresente, escudriñando mi malestar, aplacando mi incomprensión, apoyándose en todo lo que dijera, hiciera o creyera. Era mi padre y me decía que jamás estaría solo, que las cosas son como son porque son como son.

—Gracias, papá —le dije.

Y luego, no sé por qué, me acerqué a su cara sin afeitarse y le propiné un beso. Hacía más de un millón de años, o puede que dos, que no había plantado un beso en la cara de mi padre. Se hizo a un lado para que yo pudiera salir de la cocina. Me adentré en mi habitación, me puse la chaqueta y salí a la calle.

El taxi me dejó en la misma puerta de la cafetería de la plaza Colón. Le pagué al taxista, un tipo grueso de mirada dispersa y mofletes sonrojados que cogió el billete con unas manos sudadas y con las uñas descuidadas.

—Tenga el cambio —me dijo.

—Quédeselo —rechacé cogerlo.

Una vez en el interior de la cafetería no tuve problema en hallar la mesa donde estaba el dueño; era la misma que el día que Natalia entró con el letrero de se busca empleado y se lo plantó, con descaro, al lado de su taza de café.

—¿Puedo hablar con usted?

Él apartó los ojos de un papel que estaba leyendo, que por lo que pude ver era una lista de precios. Seguramente estaría repasando la carta de la cafetería para que todo estuviera conforme.

—¿Eres Sabino?

Antes de responder miré a mi derecha y luego a mi izquierda.

«¿Por qué sabía ese tío que yo me llamaba Sabino?».

—Sí —respondí aletargado.

—Sabía que un día u otro vendrías —dijo sin que ninguna arruga de su rostro pétreo se moviera.

Capítulo 24

Se puso en pie, lo que no me dio muy buena espina.

Me dijo con la mano que lo siguiera, lo que no me tranquilizó.

Lo seguí, lo que fue un acto de valentía por mi parte.

El tío anadeó por en medio de la cafetería ante la mirada desconfiada de los empleados, hasta que se detuvo delante de una puerta de madera con un letrero que decía en letras mayúsculas y negras:

«PRIVADO».

Extrajo una llave de su bolsillo unida a una hebilla de su cinturón mediante una cadena que parecía de acero, de gruesos y resistente eslabones. Abrió la puerta y, desde dentro, surgió tanto calor que por un instante creí que se había abierto la tapa del infierno.

—Ya les tengo dicho que no pongan la calefacción tan alta —dijo como disculpándose.

Me acompañó al interior posando su mano sobre mi hombro, como si me estuviera empujando, o como si estuviera evitando que me escapara. Estoy seguro de que mi ligero tembleque no le pasó desapercibido. Él pensaría que era por el frío de la calle, que aún no me lo había quitado de encima, pero yo sabía que era por el miedo que me recorría cada uno de los huesos y poros de mi debilitado cuerpo.

Me señaló una silla vacía para que me sentara. La única que había frente a una mesa de aire colonial con figuras de porcelana de aspecto lujoso encima. Él hizo lo mismo en otra silla, aparentemente más confortable, que había tras la mesa.

—¿Te apetece tomar algo? —dijo con un marcado acento que en ese momento supe que era de algún país del este de Europa.

—Un refresco estará bien —balbuceé.

No hacía falta ser un *Sherlock Holmes* para atar cabos. Natalia era rusa o de un país limítrofe. Y ese tío era ruso o de un país muy cerquita de Rusia. La recepcionista del hotel era rusa. Hasta la ensaladilla que servían en la cafetería era rusa.

—Pareces un buen chico —me dijo para romper el hielo, por lo que supuse que seguidamente me rompería las piernas—. A mí me dio mucha pena que muriera Natasha. —La nombró por su verdadero nombre—. Pero fue un desgraciado accidente.

—¿Un accidente?

—Sí. Ella no tenía que haber muerto.

—¿Y él?

—El Turco, sí —afirmó tajante.

Y entonces, como si hubiera entrado en trance, me contó una historia que me dejó patidifuso por lo rocambolesca que era. Me dijo que Natasha se dedicaba a la prostitución desde que llegó a España, porque ese negocio era de los más lucrativos y se lo disputaban distintas mafias a cada cuál más sanguinaria. Me dijo que Natasha era una buena chica, pero que su chulo no lo era tanto. Me habló de un colombiano conocido como El Turco. El Turco mantenía negocios con los rusos y con los chinos y con los marseleses y con los colombianos y con los dominicanos y con cualquiera que quisiera mantener negocios con él. Me dijo que Natasha se había enamorado de un chico español. Me dijo que lo quería tanto que quiso dejar esa vida y no le importaría vivir en la pobreza y trabajar aunque fuese limpiando suelos, pero que lo único que quería era estar con ese chico. Me dijo que ese chico era yo. Luego, exportando toda la sinceridad de la que fue posible, me contó que habían preparado el accidente para acabar con la vida del Turco. Un coche de ellos lo empujaría en la helada carretera que iba desde Madrid a Ávila y lo echaría fuera. El coche lo

conduciría el Turco y calcularon que un Ford Ka se descompondría como si fuese una caja de cartón. Luego, con el Turco fuera de circulación (sonrió cuándo lo dijo), Natasha sería libre.

—Los rusos tenemos sentimientos —masculló—. Y apreciamos a los nuestros. Si Natasha quería ser libre, nosotros la liberábamos. Si Natasha había decidido estar contigo, nosotros la dejábamos. El único escollo en su libertad era el Turco, y por eso lo quitamos de en medio. Pero los del coche —dijo refiriéndose a los que conducían el automóvil que lo sacó de la carretera—, no sabían que ella también iba dentro.

«Cómo no iba a ir dentro del Ford Ka si era su coche», me pregunté.

Se hicieron unos segundos de silencio, aunque a mí me parecieron horas. Luego sentí únicamente mi respiración. Después mi corazón. Para seguidamente no escuchar nada, la calma.

—Entonces cuando ella... —comencé a decir.

—Entonces cuando ella —continuó él— entró a por el puesto de trabajo, el trabajo ya era de ella. La noche anterior había hablado conmigo y me dijo que quería trabajar en mi cafetería. Yo accedí porque quería ayudarla.

—¿Y el Turco?

—Mejor que te olvides, muchacho. Mejor que te olvides de todo y de todos; incluso de mí. Sigue con tu vida —sentenció.

—Yo ya no tengo vida —le dije—. Mi vida era Natasha —concluí mientras me puse en pie y salí del despacho.

Capítulo 25

Me fui caminando hacia el piso de mis padres. No tenía ganas de coger un taxi ni de esperar un autobús ni de introducirme en la boca del metro ni tenía ganas de nada. Como decía el humorista, solo tenía ganas de morirme.

Caminé desconsolado por la calle, creo que hubo instantes en que lloré. Me crucé a rostros desconocidos. Miradas cabizbajas embebidas en sus propios mundos. Todos los transeúntes éramos universos independientes que circulábamos por un universo paralelo donde la vida discurre y transcurre como una ventisca que accede a una habitación y se transforma en brisa marina y desemboca en un océano embravecido que la convierte en un torbellino de sensaciones imparables. Mi vida, la vida de nadie, había acaecido de manera imperceptible para todo el mundo; incluso para mí. Había estudiado, había encontrado trabajo y seguía sin ganar el suficiente dinero como para independizarme de mis padres. Seguía cobijado bajo el techo de mi niñez, como si aún fuera un niño que necesitara protección. Y un día me subo a un autobús donde antes se había subido ella. Fue como si ese autobús hubiera estado circulando eternamente esperando a que el destino nos uniera. Esperé incansable hasta que Natalia se aposentara en aquel asiento y esperara a que yo llegara. Es como la teoría esa del gato de la caja que dicen que el gato está vivo y muerto al mismo tiempo, hasta que alguien abre la caja. Hasta ese día, nosotros nos conocíamos y no nos conocíamos. Fue una fracción de segundo la que nos unió, la que cruzó nuestros destinos en aquel autobús que nos presentó.

Solo me quedaba una cosa, y era hablar con Nora, con la que había quedado al día siguiente a las ocho de la tarde en el mismo autobús donde conocí a Natalia, el de la línea 7. No creí que hablar con ella me hiciera ningún bien. De hecho, estuve a punto de cancelar ese encuentro. Lo único que Nora podía aportarme era más dolor y más desesperanza. Seguramente me hablaría de Natasha, de sus sueños, de su pasado, de su infancia, de sus planes de futuro. Cada vez que me hablara de ella, sería como si la reviviera. Y cada vez que ella reviviera, yo sentiría más dolor. Mientras meditaba sobre eso, planeé llevarme el ordenador portátil de Natalia; supuse que estando en poder de Nora estaría en buenas manos. Ni siquiera sería necesario formatearlo, porque ella le sacaría más partido. Fue la única que se interesó por Natalia y la única que la previno de que estaba en peligro, por lo que no sabía nada de lo que había ocurrido en la carretera entre Madrid y Ávila.

Abrí la puerta del piso de mis padres, con cuidado de no hacer ruido para no alertarlos. En los últimos días me sentía francamente incómodo cada vez que traspasaba la puerta y me los topaba en el recibidor mirándome con expresión consternada, como compartiendo mi dolor, como sintiéndose culpables de mi angustia. Encendí la luz del recibidor y los vi allí, plantados como dos figuras de terracota preparadas para impedirme el paso. Armados con paciencia y cariño para que yo, su hijo, no siguiera hundiéndome cada vez más en mi propia nostalgia.

—Tu padre y yo queremos hablar contigo —me dijo mi madre mientras sostenía un pañuelo de tela en su mano izquierda—. Es menester —insistió—, en que hablemos. Ya sabes que queremos ayudarte y queremos lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá —rechacé ahondar más en esa conversación—. Ahora estoy cansado —les dije encaminándome hacia mi habitación.

—No será de trabajar —bramó mi padre—. No será de trabajar porque hoy no has ido a trabajar. Esta mañana te han llamado de la empresa de paquetería y han preguntado por ti. Querían saber si te había ocurrido algo, porque no te has presentado. Al menos les podías llamar y darles una explicación.

—Está bien, está bien —tranquilizó mi madre cogiéndole la mano como queriendo evitar que

me abofeteara, algo que los tres sabíamos no iba a ocurrir—. Está bien, Manuel, deja que el niño se explique.

—¿Niño? —Intervine.

—Sí —continuó mi madre—, porque tú eres para nosotros nuestro niño. Sabemos que la muerte de esa chica te ha afectado mucho. La muerte conmueve a todos los que se quedan cuando alguien se va. Lo sabemos porque yo perdí a mis padres; tus abuelos, y perdí a mi hermana mayor; tu tía, y por eso sabemos que la muerte de un ser querido no es comparable a ningún dolor terrenal. Pero te conocemos bien porque somos tus padres y sabemos como te sientes, porque te hemos visto crecer desde que no eras más que un pequeño muñeco sonrosado que bosquejaba sus primeros lamentos. Por eso sabemos que la muerte de Natalia te está matando lentamente y a su vez nos está matando a nosotros. Todos nos estamos muriendo —exclamó antes de echarse a llorar.

Capítulo 26

—Ya hablaremos —les dije antes de adentrarme en mi habitación.

—¿Te preparo cena? —Preguntó mi madre desde el pasillo.

—Sí —acepté para que me dejara en paz.

Me desvestí y me puse un pijama grueso, pues hacía mucho frío y mi habitación había estado todo el día con la ventana abierta, ventilándose, y todavía tardaría unos minutos en calentarse. Me senté en la cama y alargué los brazos hasta la mesa del escritorio donde estaba el ordenador portátil. Levanté la tapa y pulsé el botón de encendido. En la pantalla apareció una pila en color rojo, indicándome que si no conectaba el cargador el monitor se apagaría enseguida. Lo conecté a la corriente eléctrica.

Una vez que accedí al escritorio, me entretuve en fisgonear por las diferentes carpetas. Había algunas fotos de Natasha vistiendo elegantemente en poses sugerentes, como si fueran para un catálogo de prostitución. En muchas de esas fotos estaba con Nora. Había cartas manuscritas que fueron escaneadas. El papel se había amarilleado, por lo que tenían que ser muy viejas. Había unas fotos de Natasha, mucho más joven, acompañada por dos niños pequeños que por el parecido deberían ser gemelos. En una foto se veía a dos niñas, y los dos gemelos en un parque cubierto de nieve. A su lado una mujer con un vestido de color gris oscuro y un militar con un poblado y aparatoso bigote.

Comprendí que eran fotos familiares. En ese instante sentí un cierto remordimiento por haber pensado en formatear el disco duro de su ordenador portátil, porque en cierta manera era como borrar su memoria. Me fijé que en el escritorio había un documento de Word con el título en ruso: «МОЯ ЛЮБОВЬ». Lo abrí pinchando encima del icono. El texto estaba en castellano.

Hoy me he enamorado. He sentido como si un millar de rayos solares traspasaran cada poro de mi piel. Hoy me he enamorado como una estúpida que no tiene derecho a enamorarse.

No había nada más escrito, pero accediendo a la opción de resumen del documento pude comprobar la fecha de creación. Una lágrima brotó de mi ojo derecho cuando vi que era el segundo día que coincidimos en el autobús. Ella se había enamorado de mí, y yo me había enamorado de ella. Ese mismo día, en ese mismo instante, allí, en el autobús de la línea 7, fue cuando los dos supimos que nos habíamos enamorado. Y lo que más me afectaba después del tiempo transcurrido, después de su muerte, es que yo aún seguía enamorado. Y ese amor crecía cada vez más. Y crecía tanto que terminaría por consumirme. Desde que supe de su muerte, su memoria, su recuerdo, su pasado y su existencia había llenado mi universo de contenido y de sentido.

Ese documento estaba en su ordenador y lo había escrito para ella, por lo que no podía mentir. Nadie se miente a sí mismo. Todo encajaba en un endiablado engranaje que me hundía en la miseria. Entonces era cierto. Natasha se había enamorado de mí. De un vulgar empleado de una empresa de paquetería. De alguien sin dinero. Sin porvenir. Con un trastero en el garaje donde hacíamos el amor. Y estaba dispuesta a sacrificarlo todo por estar conmigo. Pero el Turco no la dejaría escapar y por eso una parte de la organización organizó el accidente donde murieron los dos. Esa gente sabe lo que se hace y tenían que prever que ella viajaría en su coche, que para eso era suyo. La última parte de esta historia no la escribirá nadie, pero yo sabía cuál era. La de que los suyos se quitaron dos problemas de una tacada en el mismo accidente. Ni el Turco ni la mafia que prostituía a Natasha iban a permitir que ella lo dejara todo por un panoli como yo.

Antes de cerrar la tapa del ordenador, abrí el navegador y busqué un traductor. En el primer resultado que me dio introduje las dos palabras con las que Natalia había titulado su escrito:

«Моя любовь».

Pinché sobre la opción de traducir y, en un segundo, me dio el resultado:

«Mi amor».

El rostro se me llenó de un reguero de lágrimas.

Capítulo 27

Al día siguiente tampoco fui a trabajar, pero a todos los efectos hice como si hubiera ido. Me levanté a las siete, como cada día. Desayuné en la cocina con mi padre, como cada día. Y salí del piso junto a él, como cada día. En la calle, él se metió en la boca del metro que había enfrente. Y yo me subí al autobús que paraba en la esquina. La diferencia respecto a otros días es que me bajé en la siguiente parada, lejos de la vista de mi padre, y me dediqué a pasar la mañana caminando por las calles repletas de gente en un Madrid invernal y hermoso. Mi pensamiento se había transformado en una enorme margarita que iba desojando en cada uno de los planteamientos que me asaltaban.

«¿Me deshago del ordenador portátil de Natalia?». «Sí, no, sí, no...».

«¿Acudo a la cita que tengo esta tarde con Nora?». «Sí, no, sí, no...».

«¿Me dejo de tonterías y voy a trabajar en la empresa de paquetería?». «Sí, no, sí, no...».

En algún momento de la caminata debí hablar en voz alta, o hice aspavientos con los brazos como si estuviera hablando con alguien, cuando en realidad hablaba conmigo mismo. Lo supe porque algunos transeúntes me miraron extrañados, y entonces caí en la cuenta de que estaba hablando solo. Ya me había pasado de niño, lo de hablar solo, porque esa era una de la sintomatología de ser hijo único, eso y la sobreprotección de mis padres que se desvivían por mi bienestar. En ese instante pensé que estaría sonando el teléfono en mi casa y mi madre tendría que escuchar como la chica de la empresa de paquetería le preguntaba si me había ocurrido algo, porque no había ido a trabajar.

—¿Hoy tampoco? —se interesaría mi madre.

Y luego, como madre que era, mentiría, porque una madre no tiene pudor en mentir cuando de un hijo se trata.

—Sí, está en la cama con una gripe terrible —diría.

La chica de la empresa trasladaría el recado al jefe. Y el jefe comprendería que con el frío que hace es normal que uno tuviese derecho a caer en cama atosigado por una gripe salvaje. Problema solucionado, y a mí me daría la distancia necesaria como para solucionar todos mis problemas sentimentales que me atormentaban y me estrangulaban hasta dejarme sin respiración.

Comí en un McDonalds de la Gran Vía. Entré antes de la una del mediodía, porque sabía que después sería imposible sentarse en una mesa y deglutir una hamburguesa. Me dirigí al mostrador donde un chico con voz aflautada anotó mi pedido y lo sirvió en una bandeja a la velocidad del rayo.

Después de comer estuve haciendo tiempo paseando por la Puerta del Sol y calles adyacentes.

A las siete me acerqué a la parada del bus y me situé en las inmediaciones esperando a que llegara la hora. A partir de entonces el tiempo comenzó a pasar mucho más despacio. Tanto que se me hizo insoportable la espera, mientras sentía unos nervios que me subían desde el estómago hasta la cabeza.

Durante ese tiempo mi teléfono móvil no dejó de vibrar en el bolsillo del pantalón. Había varias llamadas de un número que reconocí como el de la empresa de paquetería y dos llamadas de mi madre. No había ninguna de mi padre, por lo que deduje que mi madre no le había contado a mi padre que yo no había ido a trabajar.

El autobús se detuvo en el punto de recogida. Esperé a que subieran dos mujeres que había delante de mí y un matrimonio de ancianos que subieron cogidos de la mano, lo que consideré un gesto enternecedor.

Accedí al autobús, saludé al conductor con un balanceo de mi cabeza y caminé hacia la parte trasera. Él pareció reconocerme, pero no dijo nada. Ella, Nora, estaba allí, sentada en el mismo asiento donde vi la primera vez a Natalia, lo cual me pareció una sorprendente coincidencia.

La saludé con un escueto: «Hola».

Ella me devolvió el saludo con un tímido: «Siéntate a mi lado».

Me senté porque supe que de no hacerlo, alguien, seguramente un hombre, se sentaría en cuanto tuviera oportunidad. Nora, ya la había visto en el hotel y en su foto del perfil de Facebook, era una belleza sublime. Destacaría de ella sus ojos que vertían una fiereza salvaje, asemejando un felino. Su tez era blanquecina, pero la disimulaba con una buena aplicación de maquillaje. Sentada como estaba no podía apreciar su figura. Pero sabía que era alta y sus piernas desnudas bajo una falda ajustada se mostraban rectas y tersas, finalizando en unos zapatos de tacón de aguja que cubrían unos tobillos preciosos.

Antes de hablar miré a mi derecha y hacia delante. En los rostros de los otros pasajeros busqué a un ruso o a un colombiano o a alguien con aspecto de pocos amigos que estuviese protegiendo a Nora. Pero ninguno de los otros pasajeros parecía un matón. Sabía que Nora era amiga de Natasha y que como amigas serían parecidas. Y si Natasha era una buena persona, Nora también lo sería. Además, de quererme algún mal, ya me podía haber denunciado por hacerme pasar por policía en el hotel. Solo tenía que estar atento a su expresión cuando le dijera que Natasha había muerto. Entonces sabría si eran amigas y le afectaba la noticia.

Capítulo 28

Viajamos en silencio y sin mirarnos en ningún momento. En la siguiente parada se puso en pie y me indicó con la cabeza que la siguiera. Yo me puse en pie también y entonces comprobé que era más alta que Natalia y más alta que yo. Al levantarse soltó un perfume que me adormeció como si fuese algún tipo de anestésico, pero enseguida lo achacué a los nervios de ese día y a la falta de sueño.

Caminamos por la calle: ella delante y yo detrás, pero a unos escasos dos pasos de distancia. —Ponte a mi lado que parecemos una comparsa —recomendó.

Me hizo sonreír el hecho de que pese a que su acento era marcadamente ruso, el manejo del lenguaje era excelente. Pasamos por delante de una cafetería. En ese instante no había muchos clientes dentro, según se podía ver a través de la cristalera.

—Aquí estaremos bien —me dijo.

Los dos accedimos al interior y nos sentamos en una de las mesas que había libre al fondo del local. Una chica muy joven, que apenas tendría dieciocho años, se acercó enseguida hasta nuestra mesa sosteniendo una pequeña libreta en su mano y nos preguntó qué queríamos tomar. Antes nos ofreció cenar, algo que los dos rechazamos.

Ella se pidió un batido de fresa que me causó sorpresa porque consideré que los batidos eran para el verano. Y yo me pedí una cerveza, que lo mismo servía para el verano como para el invierno.

—Sé que Natalia está muerta —aseguró—. Por lo que sé que fuiste tú el que utilizó su Facebook como si fuera ella. —Yo me limité a mirar mi copa de cerveza, fondeando la vista en el fondo como si allí pudiera hallar algo o a alguien—. Sé que sabes por qué murió.

Pasaron unos quince segundos hasta que reaccioné y lancé mi primera pregunta, porque yo había ido allí a hacer preguntas.

—¿De qué os conocíais?

—Natasha y yo nos criamos juntas en *Koroliiov*, una gran ciudad cercana a Moscú. De niñas fuimos como hermanas. Ella me llevaba dos años y siempre la he considerado mi hermana mayor. Cuando cumplió los veinte me dijo que se iba a Francia a trabajar, pero no me dijo de qué; aunque creo que ella tampoco lo sabía. Yo tenía dieciocho años y me escapé también para no dejarla sola. De Francia saltamos a España y el resto creo que ya lo sabes. Y, por cierto, mi nombre es *Anna Vólkova*.

—¿Por qué os cambiáis el nombre? —pregunté toqueteando el borde de mi copa de cerveza.

—Porque así no somos nosotras. Natasha y Anna se quedaron en *Koroliiov*, donde está nuestra infancia, nuestros padres y hermanos, nuestro pasado. Natalia y Nora son dos personas distintas —me dijo esbozando una sonrisa—. Es como si esas chicas que emigraron en busca de un sueño, no fuesen las mismas que se criaron soñando.

La observé mientras hablaba. Me pareció una mujer inteligente y valiente y hermosa y llena de sentimientos. Me habló de como fue la infancia en su ciudad natal. De cuando conoció a Natasha. De la primera vez que coincidieron en el colegio. De sus hermanos. De sus amigos. De sus padres y de sus tíos.

Mientras hablaba yo sentía como si estuviera allí con ellas. Las vi de pequeñas, correteando sobre la nieve, riendo, escondiéndose entre montones de troncos talados. Bajo el frío de una ciudad industrializada. Luego, para la cena; porque finalmente cenamos, me habló de Natasha. Su nombre sonaba distinto cuando lo pronunciaba ella. Me dijo que a ella fue la primera a la que le dijo que me había conocido.

—Anna, he conocido a un chico fantástico.

—¿Se refirió a mí cómo a un chico fantástico?

—Sí, Sabino. Me dijo que se había enamorado nada más verte. Que aquella segunda vez que coincidisteis en el autobús vio en ti a un hombre formidable.

Sonreí.

—Pues soy bastante vulgar.

—No te ofendas —susurró—. Pero quizá eso fue lo que la enamoró precisamente, el que eres una persona sencilla.

—Tengo su portátil —le dije—. Quiero que te lo quedes tú.

—¿Por qué?

—Ahí hay muchos recuerdos de Natasha. Hay fotos y escritos. Y hay una agenda de contactos.

—Me parece bien —aceptó—. La próxima vez que nos veamos me lo entregas.

Entonces supe que nos veríamos más veces. Habría más días. Más encuentros clandestinos en el autobús de la línea 7. Más cenas. Más conversaciones. Solo necesité tres días para darme cuenta de que me había enamorado de Anna.

* * *

Nota del autor

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en amazon.es o amazon.com, para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:
www.estebannavarro.es

Otras novelas de Esteban Navarro

Natasha (2020)

El ajedrecista (2020)

La rubia del Tívoli (2019)

El cónsul infiltrado (2019)

El apagón (2018)

Penumbra (2018)

La marca del pentágono (2018)

El club de la élite (2017)

Una historia de policías (2017)

El reactor de Bering (2017)

Ángeles de granito (2016)

La gárgola de Otín (2016)

Los ojos del escritor (2016)

Diez días de julio (2015)

La puerta vacía (2015)

Los crímenes del abecedario (2014)

El buen padre (2014)

La noche de los peones (2013)

Los fresones rojos (2013)

La casa de enfrente (2012)